
3 1761 09545954 1





Eduardo Marquina

Las flores de Aragón



Renacimiento.

LAS FLORES DE ARAGÓN

:-: :-: IMPRENTA RENACIMIENTO.—SAN MARCOS, 42. :-: :-:

EDUARDO MARQUINA

LAS FLORES DE ARAGÓN



RENACIMIENTO
MADRID
SAN MARCOS, 42
BUENOS AIRES
LIBERTAD, 172
1915

Esta comedia histórica se representó por primera vez en e Teatro de la Princesa, de Madrid, el día 30 de Noviembre de 1914, bajo el siguiente reparto:

LA PRINCESA DOÑA ISABEL DE CASTILLA..	María Guerrero.
LA REINA VIUDA..........................	María Cancio.
BEATRIZ BOBADILLA......................	Elena Salvador.
CLARA DE ALBERNAES....................	Matilde Bueno.
LA MOZA DE LA ALJAFERIA...............	María Fernanda L. de Guevara.
LA CHICA DEL MESON.....................	María Hermosa.
MENCIA......................................	Gloria Torrea.
LUCINDA.....................................	Encarnación Bofill.
DON FERNANDO DE ARAGON..............	F. Díaz de Mendoza.
EL MARQUÉS DE VILLENA..................	Pedro Codina.
DON ALONSO CARRILLO, OBISPO DE TOLEDO	Emilio Thuillier.
GUTIERREZ DE CARDENAS.................	Alfredo Cirera.
EL CARDENAL DE ARRAS..................	Luis Medrano.
EL MARQUÉS DE SANTILLANA............	Ricardo Juste.
MOSEN GUILLÉN...........................	Ramón Guerrero.
DON GASPAR DE ESPES....................	Félix Dafauce.
TOMÉ LUJAN................................	Felipe Carsí.

Damas.—Justadores.—Consejeros.—Pajes.—Pueblo.

La acción en los últimos años del reinado de D. Enrique IV (el Impotente).

ACTO PRIMERO

Sala grande, en el castillo de Ocaña, perteneciente al Marqués de Villena.

Puerta en el fondo, sobre el adarve, ó primer recinto almenado, convertido, para la ocasión, en balcón de las damas, desde el cual presencian el torneo que se está celebrando en la gran plaza de armas, á los pies del castillo.

En el muro lateral izquierdo, dos puertas: una, comunicando con las habitaciones de la Princesa doña Isabel; otra, en el rincón, para el servicio de la torre.

En el muro lateral derecho, puerta grande sobre un corredor que une ésta con el resto del castillo.

El parco menaje de la época; algunos sillones de cuero y pequeño estrado para la Princesa.

Al levantarse el telón estarán á la derecha, en primer término, conversando, el Marqués de Villena y el Cardenal de Arrás. En el fondo, encaramado sobre un banco de nogal, el viejo maestresala de la Princesa, Gutierre de Cárdenas, sigue con interés los lances del torneo, mirando por encima de las cabezas de las damas, que se agolpan en los adarves, de espaldas á la escena.

VILLENA

Interrumpiendo su conversación con el Cardenal, á causa del griterío estrepitoso qué llega del campo del torneo; vuelto á Gutierre de Cárdenas.

Esperad...
¿Qué algarabía
mueve esa chusma?

GUTIERRE

Señor,
se aprestan para el mejor
de los encuentros del día;
que el propio Duque de Guiena,
puesto de cota y arnés,
sale á reñirse la arena
con un noble aragonés.

CARDENAL

¿Quién es el osado?...

GUTIERRE

Leo
sobre su escudo «esperanza»,
señor Cardenal; y creo
que es aquel paje de lanza
que pidió entrar á servicio
de la Princesa Isabel.

CARDENAL

¡Honra grande!

GUTIERRE

Viniendo á primer término.

Pues no es él
pequeño para el oficio.

CARDENAL

¿ Noble ?

GUTIERRE

Tal dice.

CARDENAL

¿ Y es alta
su casa ?

GUTIERRE

La oculta; pero
dió su fe de caballero
por él don Pedro Peralta;
y no iba á faltar á la ley
de verdad un hombre tal
que, como vos, Cardenal,
trae la embajada de un rey.

CARDENAL

Ya sé que á Peralta envía
de embajada el de Aragón,
con la misma pretensión
que yo á Villena exponía;

pero me temo—y no es él,
si hubiere falta, quien falta—
que hoy la mano de Isabel
no se la lleve Peralta.

GUTIERRE

La Infanta acepta por buena
con Aragón la alianza.

CARDENAL

Mas yo he puesto en la balanza
La persona del de Guiena,

GUTIERRE

¿ Y por eso hays de vencer ?

CARDENAL

Por eso.

GUTIERRE

¿ Y por qué, señor ?

CARDENAL

Como la Infanta es mujer,
porque amor llama al amor.

GUTIERRE

Pues dicen que no está mal
mancebo el aragonés.

CARDENAL

Dicen que el Infante es tal;
y ella *ve* al Duque cual es.

GUTIERRE

¿Y hace al caso?...

CARDENAL

Y en amor,
no lo olvidéis, castellano,
no hay embajada mejor
que la presión de una mano.
No hay más modo de vencer
que, ante el contrario, temblar;
ni hay otro «dicen» que «ver»;
ni hay otra prueba que amar.
La mejor palabra dada
por todo un rey que promete,
no vale alzarse un jinete
los hierros de la celada,
clavar en los paños rojos
del estrado de las damas
las dos hogueras sin llamas
que le devoran los ojos,
y á la que enciende su amor,
contemplándola, decir:
«¡Soy tuyo, y voy á morir
por darte el alma mejor!»

VILLENA

Cardenal, no sin razón
os trajeron á esta liza;
porque os late un corazón
debajo de la pelliza.

CARDENAL

Hoy ya el menguado reposa,
como es viejo, en mi recato;
mas fué mozo y tuvo trato
con las damas de Tolosa.

Se reproduce el griterío. Gutierre vuelve á ocupar su sitio junto á la puerta.

¿ Qué pasa ?...

GUTIERRE

Que el de Aragón,
aprovechando un descuido
del Duque, picó al bridón,
voló á su encuentro y...

CARDENAL

Con ansia, acercándose.

¿ Qué ha sido ?

GUTIERRE

Del primer bote de lanza
rodó, midiendo la arena,

la persona del de Guiena:
¡se os desquició la balanza!

CARDENAL

Regresando, malhumorado, á primer término, de donde no se apartó Villena.

¡Dios me valga, y qué clamor!...
Vuestra Castilla, hoy en día,
pruebas dará de esplendor,
pero no de cortesía.
¿O qué es esta complacencia
con que sus vasallos ven
los descalabros de quien
les honra con su presencia?

VILLENA

Cadenal, tenéis mi fe
de gracia en sellos y escritos;
¿pues qué os importan los gritos
que escuchéis, ó quien los dé?

CARDENAL

Villanos son de Castilla
los adversarios de Francia;
gente, al fin, cuya arrogancia
ras con ras da en la cuchilla;
pero en Cortes esta gente
fija la ley y da el plazo...

VILLENA

Mis Cortes son este brazo,
este pecho y esta frente.
Cardenal, diréis al Rey
de Francia, vuestro señor,
que os acepto en buena ley
vuestra embajada de amor.
La mano que habéis pedido
para el Duque está por él;
¡yo soy quien hace el partido
por la Princesa Isabel!

CARDENAL

Me dejáis tan obligado,
que temo ser importuno.

VILLENA

¿Tenéis escrúpulos?...

CARDENAL

Uno:
soltádmelo.

VILLENA

Va soltado.

CARDENAL

Claro es el trato y sencillo:
¿pero se avendrá á cumplillo
vuestra Princesa Isabel?

VILLENA

Este en que está es mi castillo,
y tengo mi alcaide en él.

CARDENAL

Es decir...

VILLENA

Que, en la ocasión,
mi poder no hay quien lo tuerza.

CARDENAL

Luego, pactada la unión...

VILLENA

¡No os cuidéis del corazón
mientras tengamos la fuerza!

CARDENAL

Radiante, tendiendo su mano al Marqués.

Señor marqués de Villena,
no hay como un buen cortesano
para tratar. Va esta mano
por Carlos, Duque de Guiena.

VILLENA

Pues yo la estrecho, y á expresa
gratitud desde hoy me allano;

que al quitar de él la Princesa,
ponéis el reino en mi mano.

Estalla en el campo del torneo un griterío tan ensordecedor, que ambos interlocutores acuden al fondo.

CARDENAL

A Gutierre, que sigue observando.

¿ Qué es ello ?

GUTIERRE

El supuesto paje,
para la postrer lanzada,
se alzó de un golpe el encaje
de hierro de la celada;
clavó en los damascos rojos
del estrado de las damas
las dos hogueras sin llamas
que le devoran los ojos,
y á la que enciende su amor...

CARDENAL

Interrumpiéndole, interesadísimo.

¡ Basta ! ¿ Quién es ?...

GUTIERRE

Socarrón.

¡ Más paciencia !
¡ Dejadme ver, Eminencia !

VILLENA

Interesado también; mirando.

¿Quién es?

GUTIERRE

No he visto, señor.

VILLENA

¿La Osorno?

CARDENAL

¿La Portuguesa
del Rey?

GUTIERRE

No sé.

VILLENA

Señalando.

Miró allá.

CARDENAL

Casi para sí.

Pues la que fuere estará
muy cerca de la Princesa.

Queda unos momentos pensativo; llamando á Villena aparte, le dice:

Marqués...

VILLENA

Cardenal...

CARDENAL

En poco
tendréis del Duque la suerte
si, cuando triunfe ese loco,
no le condenáis á muerte.

VILLENA

Hoy mismo estará en prisión.

CARDENAL

No basta.

VILLENA

Sí, Cardenal;
que hoy todo encierro es mortal,
ayudando la intención.

CARDENAL

Pues eso sólo deseo.

VILLENA

Pues contad que va pactado.

CARDENAL

Al viejo maestresala.

Gutierre, ¿ acabó el torneo ?

GUTIERRE

Sí, á fe.

VILLENA

¿ Y el mozo ?

GUTIERRE

¡ Ha triunfado !

Al Cardenal, viniendo otra vez á su encuentro.

¡ Mala jornada, señor !

CARDENAL

De ello hablaremos después.

Gutierre, sin comprenderle, va á salir por el fondo.

VILLENA

¿ Dónde vais ?

GUTIERRE

¡ A dar, Marqués,
albricias al vencedor !

Movimiento en los adarves: las damas, formando cortejo, se disponen á entrar en la sala; viene con ellas la Princesa Isabel; se hacen á un lado el Cardenal y el Marqués; Gutierre, deteniéndose y dando paso, anuncia:

¡ Doña Isabel, la Princesa !
¡ Plaza á Castilla !...

CARDENAL

Haciendo acatamiento á Doña Isabel, que, acompañada de sus damas y de la Beatriz Bobadilla, ocupa su pequeño estrado.

Señora :
¿ ha caído el que os adora,
ó triunfó el que os interesa ?

ISABEL

Nadie cayó, Cardenal ;
que, puestos á corazón,
yo os juro que en la tensión
estaban tal para cual.

CARDENAL

Pero alguien triunfó...

ISABEL

La sola
galantería de Guiena,
que quiso dejar la arena
para una lanza española.

CARDENAL

Cortés. Y, de todos modos,
dais á cada cual lo justo.

ISABEL

Cuando estoy contenta gusto
de ver contentos á todos.

CARDENAL

Pues yo le diré al de Guiena
que á veros venga un momento,
para que olvide su pena
mirando á vuestro contento.

ISABEL

Con frialdad y cortesía.

Pláceme así, Cardenal.

Buscando con la mirada á Gutierre.

Mas, cabalmente, yo quiero
conocer al caballero
que le retó en el real.
Gutierre, hacedme el oficio
de mensajero, y decid,
de mi parte, al adalid
que le tomo á mi servicio,
que venga á hablarme...

Sale Gutierre por las almenas, desiertas ahora; Doña Isabel continúa, dirigiéndose á sus damas y al Cardenal:

Deseo,

pues vendrá el Duque, que ansí
redunde en paz, ante mí,
la enemistad del torneo;
que aunque hemos sido testigos
de sus esfuerzos contrarios,
yo quiero hacer dos amigos
de nuestros dos adversarios.

CARDENAL

Inclinándose.

¿No mandáis más?

ISABEL

Al de Guiena
decidle aún que no puedo
pensar sino en el denuedo
que entrañó el lance...

Sale el Cardenal por la derecha; Doña Isabel, que se volvió para despedirle, hace ahora ademán de dirigirse á sus damas. Tropieza su vista, al paso, con el Marqués de Villena, que avanzó hasta colocarse á su lado.

¡Villena!

VILLENA

Señora...

ISABEL

¿Nuevas tenéis

de alguna oculta rencilla,
de esas que vos componéis
pidiendo en pago una villa?

VILLENA

¡Señora!...

ISABEL

¿Sabéis que ayer
vuestro alcaide en el castillo
quiso, á mi paso, oponer
las cadenas del rastrillo?
¿Y sabéis que, si me avengo
á lo que ordenéis ó él quiera,
más que de hospedada, tengo
trazas de estar prisionera?

VILLENA

Yo haré...

ISABEL

¿Sabe el que se humilla
que esta mano Dios la sella;
que ni el Rey pueda usar de ella
sino en Cortes, con Castilla?

VILLENA

Pero...

ISABEL

¿ Y sabe el que nos miente
que conocemos sus tratos;
que llega hasta nuestra frente
fango de sus desacatos ?;
¿ y sabe en cuanta abundancia
da España sangre real,
sin pedirla á Portugal,
Borgoña, Inglaterra ó Francia ?...
Pues, de una vez para todas,
vuelvo á mandaros, Villena,
que ni os cuidéis de mis bodas,
ni me mostréis la cadena.
Viva ó muerta, entre los dos,
marqués, toda habla es de enojo:
muerta, por guardarme Dios;
viva, porque haré mi antojo.

VILLENA

Conciliador y sumiso.

Si aquí acabáis, aquí entabla
su defensa este escudero
de vuestra Casa, en que espero
quedarme...

ISABEL

Con viveza; interrumpiéndole.

Luenga es el habla;
dejalla para después.

VILLENA

Porfiando, enérgico.

El caso es que quiero hablaros.

ISABEL

Fría; imponiéndose.

Cuando yo quiera escucharos,
querré advertiros, marqués.
¡Guárdeos Dios!

VILLENA

¡Os guarde el cielo!

Al salir por la lateral derecha, enfurecido.

¡Yo humillaré su tesón!
¿Qué melena de león
se encrespa bajo su velo?

Beatriz Bobadilla, que le siguió con la vista, dice á Doña Isabel:

BEATRIZ

¡Va en furia!

ISABEL

Como van todos
los que hoy en Castilla medran,
cuando ni pueden comprar,
ni les piden que se vendan.

Queriendo quedarse en confidencia con Beatriz, dice á su séquito:

Yo he de llamaros, las damas,
y en tanto, usad las almenas,
donde, al volver de las justas,
me anuncieis á los que vuelvan.

Sale el cortejo por el fondo y quedan solas Beatriz y la Princesa.

BEATRIZ

Pienso que vuestro negocio
de bodas con el de Guiena
va tal rumbo, que lo daban
por hecho los de su tierra.

ISABEL

¿Viste al Cardenal el rostro?
Tal seguridad se lleva
de triunfar en su demanda,
que ya no más se me acerca
para comedir el cuello
donde echará la cadena;
mas no temo al Cardenal;
toda su púrpura apenas
le basta para esconder
las garras de comadreja.

BEATRIZ

Teméis al Maestre entonces,
y teméis la centinela

que os hacen en el castillo,
donde, si negáis la diestra,
¡no son torres las que faltan
para sepultar princesas!

ISABEL

Siempre habrá modo, Beatriz,
de descolgarte á la vega,
sobre el foso, entre dos luces,
la parte allá de una reja,
vestida de labradora
con tocas de molinera,
como otras veces y arisca,
sobre tu mula zahareña...
El arzobispo Carrillo,
mi leal y mi albacea,
está en el cerro de Yepes,
pasada Ocaña, á tres leguas;
y tú llegarías, ágil,
hasta el cerro, con mi seña.
Tampoco temo al Maestre;
Beatriz amiga, sosiega.

BEATRIZ

Pero, entonces, ¿qué teméis?

ISABEL

Pero ¿es forzoso que tema?

BEATRIZ

No sois la Isabel de siempre.

ISABEL

¿ Lo has visto ?

BEATRIZ

¡ Un ciego lo viera !

ISABEL

Pues temo á quien temen todos :
me temo á mí.

BEATRIZ

¡ Brava nueva !

ISABEL

Como si pensara en voz alta.

¿ Por qué, no curando de ellos,
tengo aquí los que me asedian,
y al Infante de Aragón
ni le veo, ni él se muestra ?

BEATRIZ

Primero, porque el Maestre,
por el odio que le lleva,
puso al Infante emboscadas

para impedir que viniera;
segundo, porque sabiendo
los peligros que le acechan,
fuera no quereros bien
querer que por él sufrierais;
tercero, porque embajada
ya os mandó, de tales prendas,
que lo que vale el Infante
podáis sacar por las muestras.

ISABEL

¿Quién puede sacar el sol,
aun si anda juntando estrellas?
¡Viniera con su embajada,
que á fe que hay lanzas en ella
que de todos los peligros
le libraran á derechas!

BEATRIZ

Tate con el habla, Infanta,
que os sangra la herida abierta...

ISABEL

¿Dije algo?

BEATRIZ

Nada con nada;
pero el corazón se muestra.

ISABEL

Pues tenle piedad.

BEATRIZ

Eso hago
sin que lo mandéis, Princesa.
Mas ya veo que habéis visto,
por la celada entreabierta,
los ojos del justador
que arrancó el guante al de Guiena.

ISABEL

No miraban al estrado.

BEATRIZ

No al estrado; á vos, Princesa.

ISABEL

¿Y ello fué?...

BEATRIZ

Nada con nada;
pero por nada se empieza.

ISABEL

Beatriz Bobadilla, tú hablas
según el nombre que llevas;

yo, Infanta en Castilla, cuido
que estoy á un paso de Reina.

Viene por el fondo Mencia, dama de Doña Isabel.

¿ Qué es, Mencia ?

MENCÍA

Que la tropa
de los justadores viene
para pediros la venia
con que á sus predios regresen.

ISABEL

¿ Va el Duque de Guiena entre ellos ?

MENCÍA

De una herida que, aunque leve,
le alcanza á la sien, quedóse
maltratado por la fiebre,
para curarse, en las casas
de los Girón y los Téllez.

BEATRIZ

¡ Donde esté días !

ISABEL

¿ Y el noble
de Aragón ?

MENCIA

Va juntamente
con los demás.

ISABEL

Yo he dispuesto...

MENCÍA

Y el maestresala Gutierre,
de parte de vuestra Alteza,
mandó que á veros viniese.
Dijo que él iba con todos;
que aunque estima y agradece
la distinción, él es hombre
de andar en la turba y quiere
que de ella sus hechos, no
sus príncipes, le releven.

BEATRIZ

¡Linda arrogancia!

ISABEL

¡Que yo
le devolveré con creces!
Ya estás entrándome á todos,
Mencia;

Sale Mencia, inclinándose.

y tú ya me tienes

tan curada de haber sido,
siquiera un instante, débil;
que como es por castigarme
la dureza que en él muestre,
¡tal será que á ejemplo vaya
de arrogantes descorteses!

BEATRIZ

¡Bravas pavesas!... Y al aire,
¡qué poca duración tienen!

Aparecen en las almenas, cambiado por el de Corte su traje de guerra, los justadores. Les siguen damas, pajes y Gutierre de Cárdenas. Hay una pausa. Al verles, dice la Princesa:

ISABEL

Señores, los que de Ocaña
mostrasteis en el palenque
cuán de pluma es á los bravos
el hierro de los arneses:
mis damas os tengan mesa,
mis pajes os sirvan fieles,
y unos y otras, al serviros,
en el servicio os demuestren
cuán pagada está su dueña
de españoles y franceses:
yo os saludo.

Empieza la tropa á salir, continuando su camino por las almenas.

¿ No decíais,
mi buen Cárdenas Gutierre,
que hay un noble de Aragón
que hizo proezas solemnes,
justando con el de Guiena,
casi acabado el palenque ?

GUTIERRE

¡ Y os lo confirmo !

ISABEL

¿ Ha venido
con todos ?

GUTIERRE

Con todos viene.

ISABEL

Decid quién es, maestresala
Cárdenas.

GUTIERRE

Señalando á uno de los caballeros.

¡ Ese !

ISABEL

¿ Quién ?

GUTIERRE

Volviendo á señalarle.

¡ Ese !

ISABEL

Sin mirarle; á los demás.

Pues salid, y el que ha justado
con el de Guiena se quede.

Salen todos, incluso Mencia y Beatriz, por la puerta de la derecha; quedan solos en escena Doña Isabel y el caballero, para ella desconocido.

¿ Erais vos ?

DON FERNANDO

Era, en un tiempo;
pero ya no soy.

ISABEL

¿ Tan tierna
mostráis, señor caballero,
la mano, en vuestra defensa,
que así tenéis y perdéis
los dones de la existencia ?

DON FERNANDO

Puse mi existencia en otras
manos, señora, y la sueltan;

ó ella pesaba, ó las manos
de que os hablo eran ligeras.
Nací á una esperanza; he muerto
del desdén de una Princesa.

ISABEL

¿ Puedo en su nombre, ya que
las jerarquías concuerdan,
mandaros vivir el tiempo
de darme algunas respuestas ?

DON FERNANDO

Ya he vuelto á nacer, que tanto
puede, mandado, una bella;
pero, atendiendo á que acabo
de nacer, cuidad, Princesa,
de no hacer tales preguntas
que corresponder no sepa;
poco alcanza y poco sabe
quien hoy á vivir empieza.

ISABEL

¿ Qué nombre usáis ?

DON FERNANDO

El que vos
queráis llamarme.

ISABEL

¿ Qué letras
ó qué armas, en los blasones
de vuestro escudo, campean ?

DON FERNANDO

No tengo escudo.

ISABEL

Poned
que yo os le doy; ¿ qué leyenda
grabáis en él ?

DON FERNANDO

Grabaré
dos *eses* por toda letra.

ISABEL

¿ Por qué dos *eses* ?

DON FERNANDO

Señora,
mi nacimiento va en ellas.
Una tarde, en un alcázar
de una villa de estas tierras,
la majestad de una Infanta,
fingiendo ignorar, soberbia,
lances, por míos menguados,

grandes por pasar ante ella,
«¿ quién hizo tal ?», preguntaba,
usando por verbos flechas...
Y un maestresala, con nieve
de inviernos en la cabeza,
«¡ ése, ése !», dijo, mostrándome
por que la Infanta me viera.
Conque dos «eses» pondré
sobre mi escudo por letra,
ya que ellas me señalaron
á vuestra mirada excelsa
y ya que, al decir un hombre
«ése, ése», fuí yo, Princesa.

Se inclina.

ISABEL

Mudáis contra mí los hechos;
pero la fábula es bella;
con que, para andar en bocas,
no pide más la leyenda.
Y ahora os pregunto: Supuesto
que en vuestro escudo están puestas
ambas cifras, al mirarlas,
¿ cómo queréis que se lean ?
¿ «Solo, solo» contra todos ?

DON FERNANDO

Avanzando unos pasos y disponiéndose, con gentileza y emo-

ción, á besar las manos de Doña Isabel.

«Siempre siervo» de su Alteza.

ISABEL

Condescendiendo á perdonarle su pasada arrogancia, tiende su diestra al caballero, con exquisita gracia de rendimiento femenino.

Venís de Aragón, llevábais
la ventaja en la contienda;
que no he de usar con vosotros,
los hijos de aquella tierra,
el trato que ella me da,
sino el que yo le pidiera.

DON FERNANDO

Si al Infante de Aragón
queréis acusar, Princesa,
yo, su amigo, que otro igual
no lo conoce en la tierra,
con venia que os pido, quiero
saber en qué os hizo ofensa.

ISABEL

Cuando feriaba Castilla
la mano de su Princesa,
los de Portugal vinieron
con su Rey á la cabeza;
vinieron los de Borgoña

trayendo al Duque de Guiena;
los de las Islas Bretonas,
con Ricardo de Inglaterra:
sólo el de Aragón no vino,
mandó embajada soberbia;
mas del Infante no me hablan
sino, tal vez, estas piedras,
por el corazón que tiene,
que será duro como ellas.

DON FERNANDO

Dejando una pausa y acertando á duras penas á velar el sentimiento y la persona.

Si antes que reinar, amar
las nobles almas desean,
antes que el Infante, el hombre
debía veros, Princesa.
Pues bien pueden estas justas
ser la ocasión que aprovecha
de esconderos sus miradas,
y oculto en la turba observa
si la madre de sus hijos
tal será como él desea.

Cada vez más velada la voz por la emoción.

Que si Castilla á Aragón
lecciones da de grandeza,

Aragón viene á Castilla
para enseñarle cautela;
y este Infante, de que os hablo,
porque anda remiso, os muestra
que no quiere, como tantos,
ofrecer un reino á secas,
sino un corazón con él,
que ya vuestro amor lo llena.
¡ Maneras de su Aragón,
que buscó siempre manera
de juntar palacio y casa,
trono y llar, mesa y artesa!

ISABEL

Reconociéndole casi.

Si ello es así...

DON FERNANDO

Y no habléis mal
del Infante, que pudiérais
tenerle cerca, ignorándolo.

ISABEL

Esperanzada.

¿ Cerca decís ?

DON FERNANDO

Transición; con disimulo y ligereza.

Y tan cerca:
¿pues no decíais que son
su corazón estas piedras?

ISABEL

Descorazonada, en tono de queja.

¿Sabéis que conmigo hacéis,
soltando y guardando prendas,
como si, ovillando estambre,
tirarais de la madeja?

DON FERNANDO

¿Sabéis que bien puede ser
que si tal hago tal quiera,
por ver si enredo en los cabos
un corazón de Princesa?

ISABEL

¿Vos pretendéis ser su amigo
del Infante y vuestra lengua
me ofende, sin ver quién soy?

DON FERNANDO

Conteniéndose; hábil.

Por él hablo.

ISABEL

Asintiendo, complacida.

Por él, sea.

DON FERNANDO

Pues vamos á dar con él
poniendo planta en su tierra.

Avanza todavía unos pasos; la Princesa, pendiente de sus labios, le escucha sin perder sílaba.

Pasada Ateca, dos días
más allá de la frontera,
Calatayud á una mano,
la Almunia enfrente; una senda
que como arroyo en verano
corre blanca y va entre yerbas,
al palacio, en Zaragoza,
de la Aljafería os lleva.
La tarde que, de embajada,
salimos para esta tierra,
cantaba una moza un canto
mendigando ante sus puertas;
y era el cantar de la moza
tan hecho á nuestra manera,
que al ir pasando á su lado
le dimos todos moneda...
Recuerdo algunas palabras;
no llegan á diez; son éstas:

Las flores de Aragón
dentro en Castilla son.

Si el estribillo es verdad,
¿queréis repetirlo, Alteza?

ISABEL

Quebrada la voz, de una emoción indecible.

Las flores de Aragón
dentro en Castilla son.

Decidle al que bien las quiere,
que dentro están y entre piedras;
que tienen por aire fuego,
sangre en las raíces tiernas
de las traiciones de hoy,
de las desventuras viejas...
Si bien las quiere, sus flores,
decidle á Aragón que venga:
¡no sea tarde, y más tarde
si descarga la tormenta!

Cuando el Infante, sin poder contenerse ya, va á darse á conocer á la Princesa, entra bruscamente por la puerta lateral derecha el Cardenal de Arrás. Situación. El Cardenal manifiesta, en la actitud, que deplora haberles interrumpido, y dice:

CARDENAL

Perdonad...

ISABEL

Dueña de sí; haciendo transición.

No, Cardenal.
Vos perdonadme; soy vuestra.

A Don Fernando.

Guárdeos Dios, el caballero;
yo os agradezco las nuevas,
y en tanto, por el servicio
que me habéis hecho con ellas,
una banda he de bordaros
con las dos *eses* por letra.

DON FERNANDO

Saludando gentilmente al salir por el fondo.

Clavad vuestra banda al astil
que parte el sol en la arena;
conmigo se la disputen
los dos reinos que os desean,
y yo he de arrancarla solo
contra diez, á quien más pueda:
decidlo, Dueña, al Maestre;
vos, Cardenal, al de Guiena.

Sale. Abriendo la puerta de la izquierda, entran dos pajes con hachas. Uno de ellos deja la suya en un garfio, iluminando la escena; el otro abre la puerta de la torre, clava su hacha en otro garfio, iluminando los peldaños, y los dos salen por la lateral derecha. La puertecita de la torre quedó abierta. Comienza á obscurecer el cielo sobre el adarve. Entretanto, Doña Isabel, partido el noble aragonés y viendo que el Cardenal hace ademán de seguirle, ha dicho:

ISABEL

Pero ¿ os marcháis ?... ¿ No tenéis,
esta noche, nuestra mesa ?

CARDENAL

Por malaventura suya
quedó en su lecho el de Guiena;
conque es razón que á su lado
cumpla, esta noche, la vela.

ISABEL

Diréisle por mí, en llegando,
los cuidados que me quedan
por lo que sé de su herida;
que sanará pronto de ella,
que aquí da bálsamo el aire
porque Ocaña es tierra seca.

CARDENAL

Le diré así.

ISABEL

¿ Y el Maestre ?

CARDENAL

No le veréis; tuvo nuevas
de que andan por los caminos

enemigos que os acechan;
tocó alarma, y como un rayo
salió con su gente afuera.
Cercado tiene el castillo,
guardadas todas sus puertas;
ya no entra ni sale nadie
que él lo ignore ó que él no quiera.

ISABEL

Pero ¿vos...?

CARDENAL

Sonriente, mostrando un pasaporte.

Tengo viaje
de su mano que abre puertas.

ISABEL

Pero el noble aragonés,
que lo ignoraba...

CARDENAL

Con un tono de impertinencia irónica que no alcanza á disimular.

Princesa,
para brindarle, saliendo,
la protección de mi seña,

yo iré tras él; no otra causa
tuvo mi retardo que ésta.

ISABEL

¡Pues volad!

CARDENAL

Vuelo, sabiendo
que sirvo á vuestra impaciencia.

Ha conservado el mismo tono hasta el final, hace acatamiento á la dama y sale por el fondo. Doña Isabel queda unos segundos pensativa; murmura para sí.

ISABEL

Las flores de Aragón
dentro en Castilla son.

Al fondo, el cielo es cada vez más negro sobre las almenas; la Infanta mira desde la puerta hacia el camino. Repentinamente, mostrando en la voz toda la inquietud de su recelo, exclama:

¡Sólo el Cardenal!... ¿Qué pasa?
¿y el de Aragón?... ¿dónde queda?

Descompuesta y precipitadamente va á salir por la lateral derecha; tropieza con la Bobadilla, que también viene alarmada y gritando:

BEATRIZ

¡ Señora, alzad vuestra gente !

ISABEL

Beatriz, ¿ qué es ello ?... ¡ serena !

BEATRIZ

¡ Que al de Aragón, en el puente,
le ha prendido el de Villena !

ISABEL

¡ Fuego de Dios ! ¡ Basta ya
de dar el cuello al cuchillo !

Va hacia el fondo.

Mas ¿ qué puedo hacer, si está
cercándome en el castillo ?

Rumor confuso en lo alto de la escalerilla de la torre; Gutierre de Cárdenas, descendiendo precipitadamente por ella, grita:

GUTIERRE

¡ Si la Infanta no os socorre,
la niego !

ISABEL

Saliendo á su encuentro.

Cárdenas, ¿ qué es ?

GUTIERRE

¡ Meten al aragonés
en la prisión de la torre!

ISABEL

¡ No!... Las puertas de su encierro
hierro son, polvo mi mano;
¡ pero esta vez, castellano,
la mano romperá el hierro!

A los dos.

¿ Sabéis tras quien se han cerrado
las puertas de la prisión?...

Uno y otro la dejan sin respuesta.

¡ Tras del Príncipe, mi honrado,
Don Fernando de Aragón!

GUTIERRE

Pero ¿ es él?

BEATRIZ

¿ Habláis razón?

GUTIERRE

Pero ¿ os lo han dicho?

ISABEL

¡Lo sé!
¿ó para qué llevaré
dentro de mí un corazón?

Rápida, imperativa, decidida, magnífica.

Beatriz, el momento es éste
de hacer lo dicho; te llegas
para el obispo Carrillo
como te dejen ó puedas;
burla guardias, filtra muros,
fuerza puentes, pasa rejas,
llega al cerro, tráete lanzas,
no mañana, hoy mismo sea;
si tienes que matar, mata;

Le da su puñalito de dama, que lleva al cinto.

si tienes que premiar, premia.

Le da su collar de perlas. Sale Beatriz, sin palabras, por la derecha.

Y tú, Gutierre de Cárdenas,
mi leal á usanza vieja,
que fuiste paje en la Casa
de Fernando el de Antequera,
su sangre es éste; no temo
de su prisión las cadenas,
sino la puerta, por donde
muerte y veneno le acechan;

que hoy es uso, á los que prenden,
acabar de esta manera...
Tú y yo, juntos, allá vamos,
contra el quicio, ambos, por tierra,
pese al sueño, pese al hambre,
sin cesar, de centinela,
á que entrando, encuentren todos
tu puñal ó mi grandeza.
¡Mal comienzan los amores
del Infante! Pero él vea
que si en Castilla, leones,
nos arrancan la melena,
¡para guardarle seremos
perros, los dos, á su puerta!

Y, sublime, apoyándose en el brazo del noble escudero, sale en furia por la escalera arriba.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una sala en el palacio que ocupaba en Madrigal la reina viuda de Don Juan II, Doña Isabel de Portugal, madre de la Princesa Doña Isabel de Castilla.

Al fondo, puerta sobre un corredor gótico de amplios ventanales con ojivas.

A la izquierda, puerta comunicando con las habitaciones de la Reina.

En el primer término de la derecha, mirador de dos ojivas con poyos de piedra al pie. En segundo término, puerta comunicando con el resto del palacio.

Cerca del mirador, pequeño estrado.

Mesa con lo necesario para escribir; sillones de cuero. En todo el atavío, una parquedad y pobreza que delatan la miserable situación de la Reina viuda.

Luz de mañana clara.

Al levantarse el telón, el Obispo Carrillo, que acaba de llegar á Madrigal, estará hablando con doña Lucinda, una de las escasísimas damas de la anciana Reina.

LUCINDA

Saliendo de la lateral izquierda,

Señor don Alonso, la Reina parece
que en razón está,

CARRILLO

¿ Recuerda mi nombre ?

LUCINDA

Lo recuerda todo;
que en las breves horas que le dan de paz
sus delirios, nadie la creyera loca.

LA REINA

Entrando también por la lateral izquierda, del brazo de doña Clara de Alvernaes y apoyada en un bastón corto de ébano.

Obispo Carrillo...

CARRILLO

¿ Es ella ?

LUCINDA

Apartándose para dar paso á la Reina.

Aquí está.

LA REINA

Mi marido ha muerto muchos años hace.
Obispo Carrillo, ¿ qué es lo que buscáis ?
Yo viuda y él muerto, sobran los privados;
ya lo fué el de Luna; no queremos más.
¿ Buscáis mis riquezas ?... Ayer, de mañana,
unos molineros fiáronme el pan;
he vivido tanto, que he dejado el trono

cien leguas atrás;
no tengo encomiendas que os tapen la boca,
no me queda otro hijo que podáis matar...
¡Devolvedme el alma que me habéis robado!
Diez años sin alma llevo en Madrigal...
¿Qué es de mi Infantica de las trenzas de oro?
Clara de Alvernaes ¡habrá muerto ya!

CARRILLO

De ella vengo á hablaros; la Princesa vive.

LA REINA

¿Vive?

CARRILLO

Y vais á verla.

LA REINA

¿Me decís verdad?

CARRILLO

Para ser su heraldo junto á vos, señora,
cabalgué á buen paso desde el encinar;
y á estas horas ella, con quinientas lanzas,
estará llegando sobre Madrigal.

LA REINA

¿La Princesa vive? ¿no os entró codicia
de poner á precio su sangre real?
¿viene á verme? ¿es cierto?

CARRILLO

¿ Recordáis, señora,
cuando en pos marchabais del guión real,
para entrar en villa de su patrimonio,
qué són de clarines usaba el Rey Juan ?

LA REINA

Esperad... recuerdo... ¡ un són de oro!

Suenan lejanísimos los clarines que anuncian al alcaide de la muralla la presencia de Doña Isabel.

CARRILLO

¿ Es éste ?

LA REINA

Al oir aquel són, dijérase que la Reina viuda se rejuvenece y transfigura; el velo, que tenía medio caído, lo echa atrás con una mano, despejando su frente nobilísima; su figura se ha erguido, lozana todavía; colocó bajo el brazo la muleta inútil; en sus ojos vuelve á resplandecer, poco á poco, la luz de la razón, y dice:

¡ Mi Casa!... ¡ Qué mundo!... ¡ las vueltas que da!

Se repite, igualmente lejano, el són de clarines.

¡ No mienten, no mienten!... ¡ es ella!... ¡ cuitada!
¡ Y en qué pobre choza la traen á hospedar!

Clara de Alvernaes, mis ropas de luto,
ya que no riqueza, ¿ tienen majestad ?

CLARA

Sois, señora Reina, la que siempre fuisteis.

LA REINA

Pues soy pobre cosa, si dices verdad.

A Carrillo.

¿ La traéis forzada con quinientas lanzas
para que su encierro sea Madrigal ?

CARRILLO

Contra el de Villena me pidió mis lanzas,
y vuestros consejos se acerca á buscar.

Recapacitando para recordar, como el que vuelve de una pesadilla, dice:

LA REINA

Villena... el que hogaño se nombra Villena
¿ no es un Juan Pacheco, de raza de can ?

CARRILLO

El mismo.

LA REINA

¿ Qué tiene que ver con mi Infanta ?

CARRILLO

Gobierna á su antojo la hacienda real
porque es el Privado del Rey don Enrique.

LA REINA

¡ Malhayan privados, que siempre hacen mal !

Mirando, á su alrededor, los muros y los muebles del palacio.

Para una Princesa que llega entre lanzas
y que con el tiempo reinará en Castilla,
Madrigal no tiene cumplido el palacio;
reina extraña y viuda, ¿ quién hay que la sirva ?...
¿ Qué vendrá buscando ?
¿ Sabéis, el obispo, cuáles son las cuitas
en que mi hija quiere recibir consejo
de la vieja sombra que fué Reina un día ?

CARRILLO

Villena concierta con Francia sus bodas
y ya selló pactos con un cardenal;
el Duque de Guiena le dan por marido;
pero la Princesa no quiere aceptar.

LA REINA

Ella ya está en años de que hable su pecho.
¿ No tendrá otras miras ?

CARRILLO

A mi parecer,
decidió en secreto sus bodas la Infanta,
y de quien no quiera no será mujer.

LA REINA

¿ No olvidó, escogiendo, que la espera un trono ?

CARRILLO

No lo olvida nunca, y escogió tan bien,
que por el marido que adora en secreto
mi cruz y mi enseña le he dado á la vez.

LA REINA

Vos sois mucho hábil, señor el obispo.

CARRILLO

Soy un buen vasallo que quiere un buen rey;
lo será el Infante de Aragón, Fernando,
que ya se ha batido con Francia en Urgel,
y por éste al campo salieron mis lanzas
y éste es el marido que quiere Isabel.

LA REINA

A doña Clara.

Clara de Alvernaes, por si se me olvidara,
recuérdame el hecho cuando haya ocasión :

Villena hace el bando de un duque de Francia,
Carrillo sus votos le da al de Aragón...
Paréceme, en este tablero de damas,
que llevais la misma jugada los dos.
Catad qué os conozco.

CARRILLO

Señora...

LA REINA

Haciendo brusca transición.

Y hoy, gracias
por la nueva buena que me habéis traído
con esta paloma de las tiernas alas
que hace tantos años faltaba del nido.

A sus damas.

Tendrá aquel buen aire de su padre mozo,
tan señor de todos, para nadie altivo,
que en lo reposado de su hablar con pausa
guardaba el secreto de su señorío...
Clara de Alvernaes, bájame en su busca;
que en palacio todo vuelva á ser bullicio
por los corredores donde, hace diez años,
os tengo mandado que no jueguen niños.

Sale doña Clara.

Tú, doña Lucinda, quédate á mi vera,
que hablando parece que retengo el juicio,

y vos, finalmente, señor don Alonso,
pues fuisteis su heraldo, tomadme este anillo;
me lo dió el de Luna, cuando me hizo reina,
viniendo á buscarme riberas del Miño;
¡recordad, mirándolo, de qué modo empieza
y en qué punto acaba lealtad de valido!

Respetuoso y digno al mismo tiempo, recibe el Obispo Carrillo, inclinándose, el presente de la Reina viuda.

CARRILLO

¡Fuéralo yo, un tiempo, de don Juan el Noble,
y aún tuviérais vuestra corona en su sitio!

LA REINA

¡Callad!... ¡Es su paso por los corredores!...
Como en tantos años no quitó mi oído,
porque muchas veces lo escuchaba en falso,
dieron en decirme que perdía el juicio...
¡Ya lo veis ahora si viene ó no viene!
¡Fué que adivinaba; no fué desvarío!

Va hacia el fondo, en busca de la Infanta.

LUCINDA

¿Mi brazo, señora?

LA REINA

¡Me basto yo sola!

LUCINDA

Caeréis...

LA REINA

En su pecho... ¡Ya lo necesito!

Llegaba junto á las puertas del fondo, cuando éstas se abren, dando paso á Gutierre de Cárdenas, Beatriz de Bobadilla, Clara de Alvernaes, Mencía de la Torre y otras damas, que se hacen á un lado para que entre en escena Isabel de Castilla.

ISABEL

Su voz, cuando aun no se la ve.

¿Dónde está?...

Como si ante la ruina de su madre no se atreviera á reconocerla.

¿Sois vos, señora?

LA REINA

Tan otra de lo que fuí,
que estás dudando de mí...

Antes de abrazarla, la santigua devotamente.

Mas yo he de enmendarme, ahora
que voy á tenerte aquí.

Abrazándola.

¡Hija mía!...

ISABEL

Lo mismo.

¡Madre!...

LA REINA

Estaba
tantos años á tu espera,
que se echó á buscarte afuera
la razón que me quedaba;
no te encontró; no quería
volver, sin traerte, aquí;
¡y cátame en tanto á mí,
que dicen que enloquecía!
Ya no; me ha vuelto á traer
la hija mía la razón;
porque está en el corazón
el juicio de la mujer.
¡Dáca el rostro, y en su tez
beban mis ojos; que cuido
que hago míos, de una vez,
los diez años que has vivido
sin que te guardara yo!...

Queda embebecida mirándola.

ISABEL

Madre, me encontráis cambiada?

LA REINA

De por sí no cambió nada,
mas todo el aire cambió.

ISABEL

Será un dejo que he guardado
de lo que llevo vivido.

LA REINA

Conozco, en lo que has ganado,
lo mucho que habré perdido.

Sin cuidarse más que de su hija; atrayéndola á primer término.

Sígueme al estrado... El oro
del sol, que á esta parte brilla,
será conforme al decoro
de una Infanta de Castilla;
ya entiendo que es honra escasa
para hija del Rey Don Juan;
pero ni hay más en la casa,
ni alcanza á más lo que dan...

ISABEL

Cortés, por su séquito, reteniéndola.

Madre, ¿sabéis que al Obispo
debo el pisar estas losas?

LA REINA

Comprendiendo la indicación y esforzándose en mantener la regia cortesía.

Lo sé;le he dado en albricias
de mi alegría una joya,
y hablé con él; tú no creas
á los que me llaman loca;
que hoy son tiempos que al que siente
le dan por que no razona;
pero yo estoy tanto en mí,
que he guardado en la memoria
todo tu séquito: escucha
los nombres y las personas...
las dignidades no digo,
que como son engañosas,
he olvidado las ajenas
queriendo olvidar las propias.

Uno por uno, recorriendo las filas del séquito, va nombrando á los personajes y les habla con un minucioso empeño de maniática.

Bien hallado; éste es Gutierre
de Cárdenas, que la copa
llenó al Rey en nuestra Casa;
los años te sean honras.
Tú jugabas con la Infanta,
Beatriz Bobadilla...
En gloria
tenga Dios á tu buen padre,

que murió de una bohorda
mal disparada, en un juego,
Doña Mencia la hermosa...

Reuniéndose de nuevo con su hija.

Clara de Alvernaes, mi amiga,
me ve con juicio y se asombra.

ISABEL

¡Pero os cansáis!

LA REINA

Nunca estuve
tan despierta en la memoria;
que tú me la has puesto á plomo.

Vuelta á su séquito, majestuosa y cortés.

Ya habéis oído, señoras;
á las doce os tendré mesa.

Salen las damas, inclinándose.

ISABEL

Al Obispo Carrillo.

Carrillo, dejadnos solas.

CARRILLO

Se adelanta unos pasos.

No olvidéis, señora Infanta,
la palabra que empeñamos

de dar respuesta á Villena
hoy mismo, en este palacio
de Madrigal... Va á quedar
Castilla rota en dos bandos.
Después que con vuestra madre
tratéis lo que importa al caso,
vos nos diréis, Isabel,
cuál es el vuestro de entrambos.

LA REINA

¿ No está en ninguno Castilla ?

CARRILLO

No se sabe.

LA REINA

¡ Mal pecado !
Porque de estar con alguno,
éste sería tu bando.

ISABEL

Decís verdad.

LA REINA

Al Obispo Carrillo.

¿ Qué esperáis ?

CARRILLO

Su venia.

LA REINA

Os la da.

CARRILLO

Avanzando hasta la Reina viuda.

Y la mano
de mi Reina.

LA REINA

Sonriendo con señoril incredulidad al tenderle la mano al Obispo.

El mismo sois
que siempre fuisteis, Prelado.

El Obispo se retira, dejando solas á las dos damas. Un poco apartada, Clara de Alvernaes queda al cuidado de la Reina. La madre y la hija toman familiarmente asiento en el estrado.

Ya me impacientaba... Llega:
pues ¿en qué dudas te embargas?

ISABEL

¿Las adivinasteis ya?

LA REINA

Como de amores se trata...
¿ quién es el galán ?

ISABEL

No sé.

LA REINA

Dijo el obispo...

ISABEL

Se engaña.

LA REINA

¿ No es el de Aragón ?

ISABEL

No sé.

LA REINA

Será el de Francia.

ISABEL

No es Francia.

LA REINA

Díme entonces, que no entiendo.

ISABEL

Yo entiendo menos: Ocaña,
donde trataban mis bodas,
fué la ocasión de mis ansias.

LA REINA

Pues ¿ no mandó el de Aragón
embajadores á Ocaña?
¿ no fueron bien acogidos?

INFANTA

¡ Harto... y sobrado!

LA REINA

¿ No hablaban
por el Infante los nobles
hidalgos de su embajada?

ISABEL

Vino con ellos un mozo,
recio en hechos, bravo en armas,
que á todos, desde que vino,
nos ocultó nombre y casa...

LA REINA

Locura mía será;
pero al más cuerdo le asalta:
¿ no era el Infante?

ISABEL

La misma.
sospecha tuve en Ocaña.

LA REINA

¿ Y por él, hija ?...

ISABEL

¡ Por él,
todo lo demás fué nada !

LA REINA

¿ Sin conocerle ?

ISABEL

Sin tratos
de naciones ni embajadas,
sin saber su nombre y antes
que cruzásemos palabra.
¡ Tanto como hacen, y al fin
basta con una mirada !

LA REINA

¡ Sin conocerle !... ¿ No hiciste
por saber ?...

ISABEL

Cuando en mis ansias
primeras traté de ver
cúyo era el cepo en que estaba,
por recelos del Maestre,
ó por exigirlo Francia,
prendieron al de Aragón.
Aquella noche, las lanzas
de Villena, en el castillo
me tenían apretada,
queriendo ganar por fuerza
mi voluntad para Francia;
pero Beatriz, fugándose,
trajo á Carrillo y sus armas,
con que quedó por los míos
la victoria á la mañana.

LA REINA

¿Trataron paces?...

ISABEL

Y puse
de condición, al tratarlas,
que me entregaran las llaves
de la torre del alcázar.
Con mi Beatriz, siguiendo
Gutierre nuestras pisadas,
pactada la paz, subimos

á la torre donde estaba
mi aragonés... Nadie vemos,
y en la reja un hierro falta;
lo aserraron á cercén
con las mellas de una daga
de las que se usan en justas
para partir las espadas;
y al fugarse el prisionero
dejóla en un poste hincada,
sosteniendo un pergamino
que se le arrolla en las guardas
y en donde escribió con sangre:
¡«Volveré para arrancarla!»

LA REINA

Luego, ¿está libre?...

ISABEL

Es la torre,
puesta en un cerro, tan alta,
que Beatriz y Gutierre
mirando y dudando estaban.
La parte afuera del muro
y á diez codos de su planta,
dos acicates de guerra
clavados en él brillaban;
que con uno en cada mano
y hundiendo, mientras bajaba,

las puntas entre las piedras
ó el blando de la argamasa,
debió descender el mozo
colgado sobre la zanja.
Salta á media altura y deja,
para pregón de su hazaña,
clavados los acicates
en la pared del alcázar;
y como brillan al sol,
mis dos pupilas se clavan
en sus dos puntas de luz,
que cuido que me miraban...
Me llevaron de la torre
Beatriz y el Maestresala;
después, de acá para allá,
voy como un cuerpo sin alma.

Hay una pausa; sin hablar, la Reina abraza la frente de su hija y la tiene unos instantes apretada contra su pecho.

LA REINA

¡Cuitada!... y en una choza
de labriega castellana
florece un día el amor
¡y á nadie le cuesta lágrimas!

Haciendo transición y soltando otra vez á la Princesa.

Pero, tocante á Villena,
no dudes; de aquí se vaya

sabiendo, de ti y por ti,
que rompes trato con Francia.

ISABEL

Mis dudas son por la prisa
con que Carrillo amenaza;
que lo mismo temo darle
que quitarle la esperanza.
¿ Qué haríais, madre ? ¡ No sabe
cómo responderle mi alma !

LA REINA

Si el prisionero fugado
fuera el Infante...

La Reina se ha puesto en pie y parece olvidar por completo que la Princesa está hablando con ella.

ISABEL

¿ Qué os pasa ?

LA REINA

Nada, no es cosa; hace días
que vuelve á rondarme el lama
del Condestable de Luna...

ISABEL

Alarmada, la Reina ha vuelto á sentarse, pero ya sin expresión alguna de inteligencia en el rostro.

¡ Madre !...

LA REINA

¿ Qué decía ?...

Después de vanos esfuerzos, repentinamente se vuelve hacia la dama de Alvernaes, y como quien pide auxilio en un naufragio grita:

¡ Clara !

Clara de Alvernaes llega á punto de recoger en sus brazos el busto de la Reina, que se derriba rígido y sin sostén; su rostro no tiene expresión, la mirada es fija; apretará un poco los dientes y arrastrará la lengua hablando.

ISABEL

¡ Madre !...

A la de Alvernaes.

¿ No me oye ?

CLARA

Hace rato

que yo me maravillaba
de verla tan en razón ;

como ahora la veis se pasa,
día por día, los años...
No nos oye; está privada.

ISABEL

¿Pues no tengo madre?... Apenas
su sombra... una sombra ¡y basta!

Con un supremo esfuerzo de energía, conteniendo su dolor y dominándolo, pregunta:

¿Qué hacéis cuando enferma así
mi madre?

CLARA

Quietud le mandan
y silencio, si es posible,
y oscuridad.

ISABEL

Tal se haga
como dices que conviene;
no traiga yo estorbo á casa.

Como si volviera de un desvanecimiento, la Reina ha vuelto á parpadear, y apoyándose en el brazo de doña Clara y en su muleta se ha puesto en pie. Su figura toda está encogida y encorvada. Mira á todas partes como si estuviera entre enemigos, y manifiestamente quiere huir por la lateral. Sus labios murmuran un estribillo de la época:

LA REINA

Esta es Simancas,
Don Opas, tridor;
ésta es Simancas,
que non Peñaflor...

Sale; la sigue doña Clara de Alvernaes; todavía suena en lo interior dos ó tres veces, atenuándose, el último verso:

que non Peñaflor...
que non Peñaflor...

ISABEL

Dejándose caer en el estrado.

¡Sola!... ¡y viniste, Isabel,
á que te dieran consejo!...
Los que me amparan me fuerzan;
los que me quieren les pierdo;
y llego sola á llamar
á las puertas de mi reino,
como si quisiera Dios
que empiece Casa de nuevo...
La de Trastamara, en ruinas,
ya no me abrigan sus techos:
¿pues aun no secó, Señor,
la sangre del Rey Don Pedro?...

Dijo estas palabras como imprecando religiosamente al cielo, y queda unos momentos abatida, sin hablar.

BEATRIZ

Radiante; llegando por el fondo y hablado desde lejos.

¿ Sola ?...

Isabel no contesta.

Mejor es así;
porque la visita es tal,
que se explicaría mal
con otras gentes aquí.

ISABEL

Tardando en reaccionar, temerosa.

¿ Ya es Villena ?...

BEATRIZ

¿ Le anunciara
con alegría, señora ?
¡ Bien se conoce que ahora
no me habéis visto la cara !

ISABEL

¿ Quién es ?

BEATRIZ

No ha dado razón
de sí; mas cuenta que, andando,
viene, por vos preguntando,
de la raya de Aragón.

ISABEL

¡ No es cierto !

BEATRIZ

Haciendo seña á alguien, que quedó junto á la puerta.

¡ Ven, hija mía !

Entra una muchachita vestida como labriega aragonesa; trae una cesta con frutas al brazo; se detiene, vergonzosa, como sin atreverse á andar.

ISABEL

¡ Llega !

BEATRIZ

¡ No, sino retoza !

ISABEL

Acercándose á la muchachita.

Dime, ¿ quién eres ?

MOZA

La moza
que canta en la Aljafería.

Inclinándose con irresistible impulso al oirla, Isabel dice:

ISABEL

¡ Dá ; que te quiero besar
porque tu canto enamora !

MOZA

¿ *Pos* lo *conocís*, señora,
non siendo *daquí* el cantar ?

ISABEL

Como su poder es tanto,
cantas allá tu letrilla ;
pero se escucha en Castilla...

MOZA

¡ Non lo pensara *dun* canto !

ISABEL

¿ Quién te envía ?

MOZA

Satropella
la dama y *maturde* ansí ;
diga quién le habló de mí,
para saber si ella es ella.

ISABEL

Sonriendo ; melancólicamente todavía.

El hidalgo aragonés

que de tu canto me habló
calló el nombre; conque yo
mal puedo decir quién es.

MOZA

¿Y fué aquí, señora mía,
donde os habló el caballero?

ISABEL

Fué en Ocaña, el mismo día
que le hacían prisionero.

MOZA

Después de reflexionar; convencida de que la Infanta es la Infanta.

Dél y escrito para vos
traigo en el cestico un pliego;
serán esta dama y Dios
testigos que vos lo entrego;
porque como lleva el sello
del Rey, *muestro* soberano,
yo respondo con el cuello
de dejarlo en propia mano.

ISABEL

¿Te lo dió el Rey?

MOZA

En Palacio
me lo dieron, no sé quién:
un mozo que os vió despacio,
según que os recuerda bien.
Porque como yo, dudando,
preguntaba, *estonces* él
va y dijo: «Es doña Isabel
tal y tal...», y os fué pintando;
pero cabal y completa,
que os reconociera al paso:
tenís, apenas, *si es caso*,
la barba más regordeta.
Dijo que nadie tendría
sospecha de mí, y que ansí
por eso pensaba en mí;
y *añidió empués* todavía:
«*Váite* hoy mismo y haz de suerte
que cumplas, y no habrá fiesta
como la que juro hacerte
si me traes una respuesta.»
Digo: «¿Daréisme una saca
de panizo?» Y él responde:
«Te daré un molino, donde
no falten rucio ni vaca.»
Vine, y con hoy llevo tres
días *dacá* para allá;
¡bien se conoce que va
la Princesa en cuatro pies!

Pero en fin; todo es completo
cuando *sacaba:* ya dí
con vos...

Va á buscar el pliego en la cesta, y luego, fijándose en la Bobadilla, pregunta recelosa:

Si lo entrego aquí
¿vos lo entregaré en secreto?;
que hacen mala coyuntura
para callar tres mujeres...

ISABEL

Sonriendo; por Beatriz.

Esta es mi hermana ó, si quieres,
yo misma, en otra figura.
Dame el pliego.

MOZA

Decidiéndose.

Acá en la cesta
lo *trayo;* la fruta *empide*
que lo vean...

Entregando á la Infanta un pergamino arrollado.

Tenga; y cuide
de hacer por darme respuesta,
que ello de un nada se saca:
«tal y tal... y estamos buenos»;

¡dos palabras, á lo menos,
para que me den la vaca!

ISABEL

Recibiendo el pliego y estrechándolo contra su pecho.

¡Bendito Dios!... Yo te juro
que no perdiste el camino;
respuesta habrá de seguro;
conque tendrás el molino,
y aun con él has de llevar
esta ajorca.

Le da un brazalete de oro, que la moza casi no se atreve á tocar.

MOZA

¡Madre mía!
¿Para mí?

ISABEL

Por el cantar
aquel de la Aljafería...

MOZA

Disponiéndose á salir.

¿Me da la respuesta?...

ISABEL

No;
que primero he de leer.

MOZA

Apuradísima.

¿ *Pos* dónde *laguardo* yo,
que *naide mi* pueda ver ?

BEATRIZ

Trayéndose á la Moza junto al mirador y señalando.

Para no perder jornada,
ni andar saliendo y entrando,
tú queda afuera, aguardando
la respuesta, agazapada
bajo esa mata, que es harta
para escondrijo; y yo, ansi,
cuando esté pronta la carta,
la arrojaré desde aquí.

MOZA

Apretando á correr.

¡ Ya *mestoy diendo*, y al vuelo
sabré *cazala!*...

BEATRIZ

Reteniéndola.

Procura
de no dejar la espesura
sin ver la carta en el suelo;

no des la alarma y, así,
la pierdas por el camino...

MOZA

¡No me moveré *dallí*
que no caiga el *pregamino!*
Aluego, auncálguien al paso
me salga y *robalo* intente,
¡ya vine *dallá* con gente
que *mayudarán si es caso!*

ISABEL

Acariciándola al despedirla.

¡Pues Dios te lleve, hija mía,
que harto lo pido!

MOZA

Señora,
si vais á Aragón un día,
tenís una servidora.

Le hace acatamiento y sale por el fondo; doña Beatriz la acompaña hasta la puerta; vuelve en seguida, á punto en que la Princesa iba á leer el papel para sí.

BEATRIZ

¿Os corto la pluma?

ISABEL

Luego.

Vacila.

¿ No estoy temblando, Señor ?

BEATRIZ

Para llamarle la atención y muriendo de curiosidad.

Aquí la luz es mejor,
si habéis de leer el pliego.

ISABEL

Se acerca, y abriendo el pliego dice con fingida gravedad:

Se ha dicho en la Aljafería
que esto es sólo para mí.

BEATRIZ

¿ Y os dará alegría ?

ISABEL

Sí.

BEATRIZ

Y á mí ¿ no me la daría ?

ISABEL

Ya sé que en ella me igualas
y bien puedes escuchar;
que, como estás á las malas,
á las buenas has de estar.

Despliega la carta, la lee; su voz canta en la luz; Beatriz se empina, y sobre los hombros de Isabel, sus ojos fijos van rengloneando ávidos la carta.

«Princesa Doña Isabel:
no os engañó el corazón;
seguille la inclinación,
que no la erraréis por él.
Aquel que pensabais, soy;
me prendieron, díme suelta
y en Aragón, ya de vuelta,
y á vuestro mandado estoy.
Dejé mi cárcel pensando
que es tierra franca Aragón,
y ahora que estoy libre es cuando
quisiera estar en prisión;
que era dichosa cadena
la de vuestro amor, y os fío
que, á no mezclarse Villena,
no volviera al reino mío.
Perdonadme si he faltado,
con no despedirme, yo;
pero, á despedirme, no
me fuera de vuestro lado;

y aquí el Rey, mi padre, viejo
—que hasta á un padre le dan plazo—,
necesita de mi brazo,
como yo de su consejo.
La oferta de mi embajada
la renuevo con mis manos;
aquí estoy, donde mi espada
ya usa verbos castellanos;
y aunque noticias me dan
que Villena no me espera,
y aunque sus lanzas están
cerrándome la frontera,
yo sé, en mí, que tengo modos
de confundir intrigantes;
¡mejor si os persiguen antes,
que así os vengaré de todos!
Con esto, si os he cansado,
perdón; Isabel, adiós;
llamadme un día, y en dos
me tendréis á vuestro lado.
Como ya os le dí, no espero
poner aquí el corazón.—
Fernado, vuestro escudero,
Rey de Sicilia, heredero
de los reinos de Aragón.»

Doña Isabel besa el pliego.

¡Por fin!... ¡Dios sea loado!

BEATRIZ

¡Qué pronto llegó el adiós!...

ISABEL

Repitiendo para sí las palabras de la carta.

«¡ Llamadme un día, y en dos
me tendréis á vuestro lado!»
Ya no estoy sola.

Entra Mencía por el fondo.

¿ Mencía ?

MENCÍA

Llega el Marqués de Villena.

ISABEL

¡ Bien venido!... Y es augurio
que le hago por vez primera;
ya no le temo.
Decidle,
como mi madre está enferma,
que doy por nulo aquel plazo;
que le hablaré cuando pueda.

BEATRIZ

Espiando por el mirador.

La moza está en su escondrijo,
y oculta que se ve apenas;
¿ no dais respuesta á la carta ?

ISABEL

¡ Después que me oiga Villena !

Sale por la lateral izquierda. Casi al mismo tiempo entraba por la derecha el Obispo Carrillo.

CARRILLO

A Beatriz.

¿ Dicen que llega el Marqués ?

BEATRIZ

Soltando también el tono, al comcompás del cambio que hizo su dueña.

Dicen que está en Madrigal.

CARRILLO

¿ Qué piensa la Infanta ?

BEATRIZ

Pues
no ha dicho si bien ó mal.

CARRILLO

No me extraña ; tiempos son
los que hoy vivimos, Beatriz,
en que el mejor corazón
sabe cambiar de raíz :

mucho es ella y yo soy nada;
pero la Pricesa advierta
que Aragón tiene una puerta
y ésta una llave: mi espada.

BEATRIZ

Pues no temáis rebelión
de la Princesa, si sabe
que vos tenéis esa llave
de la puerta de Aragón;
aunque, al fin, no hay senda cierta
con Amor, que usa dobleces;
y una ventana es, á veces,
mucho mejor que una puerta.

VILLENA

Ufano; llegando por el fondo y tomando á Beatriz, á quien ve de espaldas, por la Princesa.

Ya estoy, dueña, en Madrigal...

BEATRIZ

Volviéndose y desengañándole.

Señor, soy la Bobadilla.

VILLENA

Mordiéndose los labios.

¡Para un hidalgo, su igual,
tan dueña y tan principal

como la Infanta, en Castilla!
¿Previnieron á su Alteza
de mi llegada?

BEATRIZ

Ella está
con su madre, que dió ya
señales de su flaqueza.

VILLENA

Decid que aguardo.

BEATRIZ

Lo sabe;
pero os previene, al llegar,
como su madre está grave,
que acaso no os pueda hablar.

VILLENA

Con todo, vos le diréis
que quiero verla.

BEATRIZ

Disponiéndose á salir por la izquierda.

Es favor
que á nadie niega, señor,
y espera que esperaréis.

VILLENA

Contrariado y con viveza, replica:

Villena, acaso; un criado
del Rey, que entró en Madrigal
con un mandato real
para un negocio de Estado,
representa al Rey y no
puede esperar; lo diréis
á Isabel y añadiréis
que ese criado soy yo.

BEATRIZ

Con intención, saliendo.

¡Pues, por el Rey, de seguro
que os recibirá!

VILLENA

Eso quiero.

Salió la Bobadilla. Quedan los dos ambiciosos enemigos frente á frente, cada cual recelando del otro.

CARRILLO

Sobrino, estuviste duro.

VILLENA

No estuvo blando el acero
de su merced en Ocaña.

CARRILLO

¡ Sacaste libre el castillo!...

VILLENA

¡ Pagando á un precio la hazaña
que hoy va á ajustarse, Carrillo!

CARRILLO

Pacheco, en las discusiones
de bando á bando no hay nada
como oir proposiciones
puesta la mano en la espada;
y yo, metido en el cerro
de mi orgullo, siempre usé
de no mezclarme hasta que
se empieza á hablar con el hierro.
La Princesa, en quien está
fija, hoy por hoy, nuestra suerte,
es más que Ocaña y más fuerte;
veremos de quién será.
Tú intriga y usa, á la par,
de amenaza y artimaña;
¡ yo no sé más que triunfar
riñendo, como en Ocaña!

VILLENA

Pues aún no es vuestra, Prelado,
la Infanta.

CARRILLO

Eso está en razón;
pero tengo un aliado
y es mucho: su corazón.

VILLENA

Yo tengo el mismo. Es mujer
y á su manera la domo.

CARRILLO

Curioso estoy de saber...

VILLENA

Pues voy á deciros cómo:
Pensando en su corazón
y en la pasión que lo mueve,
yo logré que el Rey apruebe
sus bodas con Aragón.

CARRILLO

¿A qué condiciones?

VILLENA

Pone.
sólo una.

CARRILLO

No es mucho encono.

VILLENA

Que la Princesa abandone
sus pretensiones al trono.
Si renuncia, el Rey procura
sus bodas con Don Fernando;
y aquí traigo la escritura,
que firmará, renunciando.
Tal para cual; fomentáis
su pasión y en la persona
del Infante os apoyáis;
yo, en el fuego que atizáis,
¡les quemaré la corona!
Pero, si son, como os digo,
vuestras pretensiones tales,
¡no os pongáis fiero conmigo,
Carrillo; estamos iguales!
Los dos venimos á usar
del Infante Don Fernando:
¡vos, para entrar á reinar;
yo, para seguir reinando!

CARRILLO

Pacheco: al ver la rencilla
que mueves para impedir
que entre el Infante en Castilla,
la gente ha dado en decir
que es por el miedo que tienes
de que el Infante, al reinar,
te había de despojar
de la mitad de tus bienes.

VILLENA

¡ Mienten !

CARRILLO

Lo sé ; con tal boda,
no habiendo renunciación,
no iba á quitarte Aragón
media hacienda, sino toda ;
que le pertenece entera,
sin perdonar una villa,
porque fué casa en Castilla
de su abuelo, el de Antequera.
Las artes que te han servido
para apoderarte de ella,
desde que su Rey las sella,
son buenas para un valido ;
mas si á tal usurpación
llamas «negocio de Estado»,
¡ te aplaudo, por la elección
del nombre que le has buscado !

VILLENA

Carrillo : el vulgo, al miraros
tan recio en esta contienda,
dicen que urdió la leyenda
de que Aragón va á pagaros
con la mitad de mi hacienda :
si ello es pacto, con razón
de usurpador me acusáis ;

que vos sin paga os quedais,
no existiendo usurpación.

CARRILLO

Si es pacto, no lo recuerdo;
pero si me viene á mano
tu hacienda, ¡á ver si la gano!

VILLENA

¡Y á ver si yo no la pierdo!

Viendo que el Obispo va á salir por el fondo.

Pero ¿no os quedáis?... ¡Me apena!
¡Sobre esta mesa, es la arena
donde reñimos su anillo!

CARRILLO

Deteniéndose.

¡Lo arrancaré en tu castillo,
desde el crestón de la almena!

VILLENA

No es más noble.

CARRILLO

Saliendo.

Es más sencillo:
¡yo acabo pronto, Villena!

VILLENA

Despidiéndole.

¡Yo espero siempre, Carrillo!

Por la lateral izquierda sale Doña Isabel, que viendo á los dos hombres enzarzados en los últimos flechazos de su despedida detiene con un gesto á Gutierre de Cárdenas, que la seguía. Quedan ambos, sin avanzar, silenciosos; y al regresar el Marqués á primer término se encuentra frente á frente con la Infanta.

Por fin, señora, nos vemos.

ISABEL

Sabía que era un criado
del Rey quien entró en mi casa,
conque aceleré mis pasos;
mas como dijo Beatriz
que me traéis un mandato
suyo, y al Rey yo le excuso
de mandar, siendo mi hermano,
traje á Cárdenas, y así,
como me trataron trato,
dejando que os entendáis
criado para criado.

GUTIERRE

A Villena, adelantándose.

¿Qué manda el Rey?

VILLENA

No es á vos.

ISABEL

¿No es á mi Casa?... Pues harto
será no hacer que os arrojen
de ella, señor; que mandatos
que atañen á mi persona,
ni me cumplen, ni os los paso.

VILLENA

Hipócrita y conciliador, á su manera.

Pues, perdonadme, Princesa,
por el ardid que he buscado;
pero me importaba veros
y no merecía tanto.
No es un mandato, es un ruego
de mi señor el que os traigo,
y con él, y para vos,
sus bendiciones de hermano.

ISABEL

Me dejais maravillada.

VILLENA

Pues más lo estaréis si hablamos.

ISABEL

Pues empezad.

VILLENA

Por Gutierre de Cárdenas.

Si queréis
tener con vos un criado
vuestro, lo soy yo, Isabel,
como veréis, y me basto
para hacer vuestro partido.

GUTIERRE

A Isabel, por las palabras del Marqués.

Mandad, señora.

ISABEL

Quedaos.

Hay una pausa breve, mientras la Infanta pasa á ocupar un sitio en el estrado. Quedan Cárdenas cerca de ella y el Maestre, no lejos, en pie.

VILLENA

Sabéis cuánto empeño el Rey
tenía tomado en vuestras
bodas con el borgoñés
Monseñor Duque de Guiena.

Yo le he trocado; hice tanto
para serviros, Princesa,
que el Rey ha abierto las manos
y libre elección os deja.
Casaréis con quien queráis:
si es con el Infante, sea
con el Infante; el Rey quiere
veros feliz y lo aprueba.
Mas como le cumple al Rey
de prevenir, mientras pueda,
las causas que con el tiempo
son ocasión de pendencias,
desea el Rey—y éstas son,
señora Infanta, sus letras—
que, casando, renunciéis
la corona de estas tierras.

ISABEL

Cierta noche, estando en Avila,
se entró un marqués por mis puertas
—mejor que yo sabréis vos
si era el marqués de Villena—;
gritaba con otros nobles:
«¡Castilla por la Princesa!»;
traía para mis sienes
una corona de Reina...
Pues, respondiendo: «El Rey vive;
no faltaré á su obediencia»,
torné al marqués la corona

y aseguré al Rey en ella.
Tal hice yo, moza en años
y en las lealtades vieja;
vos lo olvidásteis, marqués;
pero el Rey, ¿no lo recuerda?

VILLENA

Porque lo recuerda, hoy llama
segunda vez á las puertas
de una lealtad, que ya
fué suya la vez primera.

ISABEL

Luego lo que el Rey olvida
son sus hechos: una letra
que dada tiene, en los Toros
de Guisando, en una venta,
en donde, asintiendo al voto
de Castilla y su Nobleza,
me consagra de sus reinos
por legítima heredera.
¿Y el Rey da y quita de modo
que él mismo se pisotea?
Pero, aun renunciando yo,
¿Castilla lo consintiera?
Pregunto si puede un trono
quedar privado de herencia,
de modo que estén sus gradas
á la merced del que venga.

VILLENA

Para remediarlo, el Rey
dispone que vuestra herencia
renunciando, abandonéis
las prerrogativas de ella,
por vos y por siempre, en su hija
doña Juana, la princesa.

ISABEL

¿ La que bautizasteis vos
del nombre de Beltraneja ?

VILLENA

Cambian los tiempos y cambia
la ordenación que aconsejan...

ISABEL

¡ Mal anda de honra, en su Casa,
mi hermano, si tal ordena !
¡ No prosigais !

VILLENA

No lo intento;
porque es inútil tarea;
que al negaros, de una vez,
dais con vos misma por tierra.
¡ Ni el Infante de Aragón
casará con vos, ni queda

franca á su avance, á estas horas,
desde Aragón, una senda!
Busqué un arbitrio que acaso
remediaba la contienda;
vos lo rechazáis; ¡mirad
de no acusarme, Princesa,
cuando salgáis para Francia
porque os reclame el de Guiena!

ISABEL

Pusisteis, marqués, á medros
de la Casa de Villena
las haciendas que Aragón
tuvo siempre en Casa nuestra,
y os oponéis al Infante
porque, al pasar la frontera,
no os deje desnudo á vos
con sólo extender la diestra;
yo cuido que ancha es Castilla;
¡sed vos el que salga afuera!

VILLENA

Si entra Aragón, ¿quién lo duda?

ISABEL

Y haréis bien; que estando en ella,
cuando á favor del Infante
logre Castilla una Reina,

¡ los hombres como vos sois
tendrán picota ó galera !

VILLENA

¡ Largo es el plazo !

ISABEL

¡ No tanto
que no os alcance, Villena !

VILLENA

¿ Porque el obispo Carrillo
pensáis que le abra las puertas
al de Aragón ? Yo le llamo,
si vos deseais que venga ;
tal vez le debáis el trono ;
mas poca parte á su Reina
le hará en el trono, un tal hombre,
si ha de cobrarse tal deuda.

ISABEL

Llamadle ó no le llamad ;
yo nada os pido, Villena ;
que al Infante yo me basto
para mandarle que venga.

VILLENA

¿ Cómo, Isabel ?

ISABEL

¡ Tomad, Cárdenas,
vuestro sitio ante la mesa
y oid la renuncia que hago
de mi derecho á la herencia!
¡ Escribid !

VILLENA

Casi amenazante; avanzando un paso.

¡ Cuidad !...

ISABEL

Irguiéndose con independencia; libre.

¡ No cuido
sino de hablar á derechas !
Que ésta es mi Casa y tres Reyes
castellanos, hijos de ella,
metieron como semillas
sus coronas en la tierra
¡ para que yo, con mis manos,
haga de las tres mi herencia !
Marqués, por cuanto mis ojos
alcanzan, Reyes me alientan;
que si un mi abuelo, con sangre,
dejó una cruz á mis puertas,
sangre de Alonso, un mi hermano,
pagó con creces la deuda.

Castilla y yo no cuidamos,
puestas á echar nuestras cuentas,
de un marqués que no se sabe
por dónde nació, Villena;
si aquí estais, es que no os veo
desde mi estrado; y os quedan,
para ignorar mis palabras
en el instante en que os duelan,
¡ tantos medios, como pasos
van de mi estrado á la puerta!

VILLENA

Queda otro medio mejor:
hacer que calléis, Alteza.

ISABEL

¡ Ya entiendo cómo: estampando
sobre mi boca la diestra!
¡ Osadlo!

A Gutierre.

¡ Escribid!

VILLENA

A Gutierre.

¡ Mirad,
Gutierre, que oye Villena!

ISABEL

Tendida la diestra conminante, dicta:

«Don Fernando de Aragón...

VILLENA

Fuera de sí, á Gutierre.

¡No escribáis!

GUTIERRE

Sublime de lealtad; irguiéndose.

¡Letra por letra,
no pudiendo oro por oro,
pondré el nombre; que sirviéndola
mi mano, el precio es pequeño,
aun si el precio es mi cabeza!

ISABEL

Impávida; continuando.

«Don Fernando de Aragón:
»venid; os llamo, os espero.
»Yo. La Princesa.»

VILLENA

Perdido todo acatamiento; con ironía sarcástica.

¡Y yo quiero
daros la contestación!

ISABEL

Mientras Gutierre escribe, mostrando al Marqués la carta de Don Fernando.

¡No os inquieteis; ya él la ha dado
y es explícita por Dios!

Leyendo.

«Llamadme un día, y en dos
me tendréis á vuestro lado.»

VILLENA

¡No hay paso! ¿Con qué contáis
que entre en Castilla Aragón?

ISABEL

Será con el corazón,
cosa que vos ignoráis.

Le respondió volviéndole la espalda y pasando hacia la lateral, como dando por terminada su audiencia; Villena se acerca á Gutierre, diciéndole con ironía agresiva:

VILLENA

Trabajáis por que trabajen
mis gentes y no anden vagas...

Gutierre ha concluído de escribir y levanta la frente.

¿Ya está?

Sin que pueda evitarlo Gutierre, violentamente, de un salto, se apodera del pergamino y lo arroja por el ventanal, diciendo:

¡Ya tienen su dagas
un pergamino que sajen!

GUTIERRE

Furioso; presintiendo el gesto y tratando de evitarlo.

¡Marqués!...

ISABEL

Radiante; interviniendo.

¡Dejadle, Gutierre,
que la puntería es buena
y vos haréis que la yerre!

Ha mirado, sin insistir, por la ventana.

Gayó bien.

Vuelta al Marqués y sonriendo.

Gracias, Villena.

VILLENA

¿Qué decís?...

CARRILLO

Entrando por el fondo y aludiendo á las últimas palabras de la disputa; á Villena.

Tal para cual,

sobrino; pero hoy por hoy
pienso que camino estoy
de triunfar en Madrigal.

A la Infanta, inclinándose.

Señora, cuando ordenéis,
saldré, la senda adelante,
para llevar al Infante
las órdenes que me déis.

ISABEL

Ya no hace falta, Carrillo.

CARRILLO

Pues ¿quién le ha llamado?

ISABEL

Pues
no os asombre; es tan sencillo
como impensado: el Marqués.

VILLENA

¿La carta?...

ISABEL

A estas horas, cuento
que lejos de aquí estará.

CARRILLO

¿Quién la lleva?...

ISABEL

Raudo va;
pongamos que sea el viento.
Cetro que á nadie he de dar,
señores, á nadie pido;
¡Desde hoy, si Dios es servido,
Dios ha de hacerme reinar!

VILLENA

Veremos los hombres buenos
cómo abaten lanzas mías.

ISABEL

Si yo lo mando, en dos días;
si vos lo estorbáis, en menos.

CARRILLO

Alteza...

ISABEL

Recatada, grave, amparándose en su cariño filial y negando toda explicación.

Mi madre espera,
señores; justo es que quiera
cuidarla mi corazón...
¡Ella ha de ser la primera

que bendiga al de Aragón
cuando pase la frontera!

Cárdenas abrió la puerta lateral izquierda, inclinándose respetuosamente. Cuando la Infanta se dispone á salir, cae el TELON.

ACTO TERCERO

Zaguán, cubierto, de un mesón castellano, en Peñafiel.

Dos puertas: una, en el muro del fondo, sobre el camino de Valladolid; otra, en la lateral izquierda, en primer término, sobre el camino de Almazán por Burgo de Osma.

En segundo término del muro izquierdo, ventanuca practicable.

A la derecha, en primer término y un poco elevada, galería practicable con barandal de madera, á la que abren los cuartos de la posada. Para el servicio de esta galería, escalera de seis peldaños desde la escena. A este mismo lado, y en segundo término, puerta pequeña comunicando con el resto de la posada.

Junto á la ventanuca leteral, mesa de madera y bancos. A la derecha, aprovechando el rincón que forma la escalera con el muro, otra mesa de nogal y bancos.

Luz de las últimas horas de la tarde, en otoño.

Al levantarse el telón, Tomé Lujan dormita, de bruces sobre la mesa de la derecha. Entra, por el fondo y en traje de camino, Villena.

VILLENA

¡Ah del mesón!...

Al tropezar con Tomé Luján, que le sale al paso desperezándose.

Un villano
de mesonero, que dicen
que es fino que corta el aire
con sus miradas de lince,
¿ seréis vos ?

LUJÁN

Yo soy, señor;
que antaño fuí matarife
en Peñafiel y hoy me gano
la vida en estos tabiques.

VILLENA

Mostrando su anillo.

Yo soy Villena; éste el sello
de mi señor Don Enrique.
¿ Tu nombre ?

LUJÁN

Tomé Luján.

VILLENA

¿ Y á esta cueva, donde tiñe
de suciedad hasta el aire,
da la gente el nombre insigne
de Mesón de las Dos Puertas ?

LUJÁN

Vedlas, señor;

Señalando la lateral y luego al fondo.

ésta sirve
para el que trae los caminos
de la frontera, en la linde
de Aragón, por Burgo de Osma,
y á esotra, por donde hicisteis
la honra á mi casa de entrarla,
la llaman los espoliques
Puerta de Valladolid;
porque el que allá se encamine
toma esa senda. Las dos
voy á cerrar si esto sigue;
que están las sendas desiertas
por si las pasa ó no el Príncipe
de Aragón; ármanse todos,
nadie viaja.

VILLENA

Y tú ¿qué dices?

LUJÁN

¿Yo, á un Villena? ¡Que el Infante
jamás pasará!

VILLENA

Tú sirves
á quien te paga.

LUJÁN

Y en esto
se diferencia este humilde
mesonero de su Rey,
que paga á los que le sirven.

VILLENA

¿ Nadie ha entrado ?

LUJÁN

¡ Hasta ayer, nadie !

VILLENA

¡ Fino va el lance !... ¿ Divide
tu posada ambos caminos ?

LUJÁN

¡ Como que ella echó raíces
porque, en el cruce asentando,
la cruz la amparó en su origen !

VILLENA

Tomé Luján : hasta el aire
debe ignorar que me sirves.

LUJÁN

Será así... ¿ Qué otra queréis ?

VILLENA

Ver que en silencio apercibes
cena y cuarto para dos.

LUJÁN

Pues vos y vuestro convite
seréis servidos.

VILLENA

Me importa,
tocante al cuarto, que miren
sus ventanas al camino
de Aragón.

LUJÁN

Nada hay difícil
para Luján y tendréis
un cuarto digno de un príncipe.

VILLENA

Con las ventanas que he dicho;
si no, ¡rajadme el tabique!

Le vuelve la espalda.
Sobreviene, por el fondo, el Marqués de Santillana, y el Maestre, sin hacer caso de las genuflexiones del mesonero, que sube á la galería á disponer el cuarto, dice al Marqués:

Santillana, ¿ vuestra gente
dejasteis bien apostada ?

SANTILLANA

A media legua y de un puente
bajo el arco agazapada.
¿ El viejo zorro ha llegado ?

VILLENA

Según los indicios, no.

SANTILLANA

¡ Maravillárame yo
con el rodeo que ha dado !

VILLENA

Paciencia, Marqués ; él viaja
con cartas para el Infante,
y en nuestro caso, es ventaja
dejar que pase delante ;
que siguiendo sus pisadas
sin que él lo advierta, daremos
con el Infante, á forzadas.

SANTILLANA

¿ Mas si su rastro perdemos,
y en tanto, por sendas ciertas,
deja el Infante Almazán ?

VILLENA

Nuestros espías vendrán
al Mesón de las Dos Puertas.
Y todo estará en pensar
si sacamos nuestra gente
ó le dejamos llegar,
inadvertido, hasta el puente.

SANTILLANA

¿ No teméis de algún ardid
con que nos burle ?

VILLENA

No sé
de otro camino que dé
la cara á Valladolid.
Pues hasta aquí yo imagino
que él traiga su paso obscuro;
pero desde aquí es seguro
su rumbo; no hay más camino;
traerá el mozo tanta ó cuanta
gente; no traerá otro ardid
que entrar en Valladolid,
donde le espera la Infanta,
y aquí, sin remedio humano,
dueños los dos del camino,
le pondrán en esta mano
vuestra espada y su destino.

SANTILLANA

¡Dios que os oiga!

VILLENA

¿Vos dudáis?

SANTILLANA

No; pero hallarle quisiera
más cerca de la frontera.

VILLENA

Pero ¿de qué os receláis?

SANTILLANA

Se ha dicho que por guardalle
de emboscadas y asechanzas,
en Burgo de Osma ha de dalle
Treviño seiscientas lanzas.
Pues yo, que apetezco entrar
á seguras cuando riño,
antes le quisiera hallar
de que él hallara á Treviño.
Si aquí mi opinión valiera,
Marqués, dejando el mesón,
toda la gente pusiera
sin miedo sobre Aragón;
que trataría de dar
la batalla á Don Fernando

en Almazán mismo y cuando
no la pudiera esperar.

VILLENA

Y es bravo arbitrio, después
que seguridad tengamos
de que en Almazán le hallamos...

SANTILLANA

Pero...

VILLENA

Paciencia, Marqués,
que es siempre el mejor consejo.
No dejemos el mesón
marchando sobre Aragón
sino tras el zorro viejo.
Porque si él pasa delante,
han de llevarnos, Marqués,
las pisadas de sus pies
hasta los pies del Infante.

SANTILLANA

¿Y si hasta el mesón no vemos
llegar al viejo raposo?

VILLENA

¡Entonces no dejaremos
lo cierto por lo dudoso!

Viene, por el fondo, una chicuela agraciada, y corriendo hasta la escalera, grita:

CHICA

¡Padre!

SANTILLANA

¡Una moza!

Acercándose á ella y pretendiendo sujetarla por la muñeca.

¿Esta casa
da flores?

CHICA

Zafándose, airada.

¡Deje!...

VILLENA

Es arisca.

SANTILLANA

¡Pero su falda morisca
llena bien!

CHICA

¡Padre!

LUJÁN

Bajando por los peldaños.

¿ Qué pasa ?

CHICA

Que un viejo, que está al portón
del patio de los arrieros,
me pregunta si al mesón
llegaron dos caballeros.

LUJÁN

¿ Y le has dicho ?...

CHICA

Todavía
nada.

LUJÁN

A Villena.

¿ Qué se ha de decir ?

VILLENA

Que sabéis que han de venir
mañana, á punta de día;
pero que os halláis sin gente,
porque, como está empeñada
Castilla en esta algarada,

no ha pasado alma viviente
por el mesón, esta noche.

CHICA

¡Tal diré!...

SANTILLANA

Pues tuyos son,
si entra el viejo en el mesón,
este anillo...

Mostrándole uno.

VILLENA

Y este broche.

Mostrándosele. La Chica sale encantada.

CHICA

Señalando la escalera.

Pronto está el cuarto, y hay cena
para dos, en la alhacena
que está junto á la ventana.

SANTILLANA

Mientras suben.

¡Pues bien va el lance, Villena!

VILLENA

¡Bien lo anuncié, Santillana!

Desaparecen, después de espiar un instante.

CHICA

Precediendo á Gutierre de Cárdenas.

¡Pasad, que en noche de Octubre
no cuadra esperar al aire!

GUTIERRE

No quiero ser visto.

CHICA

¡Más
en mi favor, caminante!

GUTIERRE

Los caballeros que os digo...

CHICA

¡Hasta la aurora, aun os salen
seis horas de sueño!, y ellos
no esperéis que lleguen antes.

GUTIERRE

¿ Luego estoy solo en la casa ?
¿ Y este hombre ?

Por el mesonero.

CHICA

Luján, mi padre.

LUJÁN

A su hija, fingiendo.

¿ No has de entenderme ? Te tengo
mandado que hasta que acaben
las rencillas de los bandos,
en el mesón no entra nadie.
¿ Qué son los maravedises
que nos deje un caminante
por una noche, si luego
nos acusan de parciales
porque le dimos albergue ?
¡ Habrá necia ! ¡ Ve á las llares,
donde le apercibas cena,
ya que le diste hospedaje !

La moza sale por la lateral pequeña. Gutierre sentóse ante la mesa junto á la escalera diciendo :

GUTIERRE

¡ Yo no ceno !

LUJÁN

Es un decir
para que no escuche.

GUTIERRE

Ya.

LUJÁN

Es moza.

GUTIERRE

A la vista está.

LUJÁN

Conque puede repetir
lo que oiga.

GUTIERRE

Pienso que no.

LUJÁN

¡Si lo habla todo!...

GUTIERRE

Yo callo.

LUJÁN

Y en tal tiempo, digo yo,
¿ cómo viajáis ?

Imperturbable y flemático le responde el Maestresala:

GUTIERRE

¡ A caballo !

LUJÁN

Quise decir, señoría,
qué causa os hace viajar.

GUTIERRE

Hablando os lo explicaría;
pero me fatiga hablar.

LUJÁN

¡ Débil sois !

GUTIERRE

De ello me duelo.

LUJÁN

¿ Traigo vino ?

GUTIERRE

Un medio vaso.

LUJÁN

¡Pues vuelvo con él, de un vuelo!

GUTIERRE

¡Oh, no!... Volved paso á paso.

Luján va á salir por la lateral pequeña. Gutierre mira repentinamente al techo, sobre su cabeza, como sorprendido y receloso.

¿Andan sobre estos maderos
con impaciencia?

Vuelto al mesonero; con imperio.

¡Luján!

Acude el viejo precipitadamente.

Díme: los que arriba están
¿son uno ó dos caballeros?

LUJÁN

Sin saber qué responder.

¡Señor!...

GUTIERRE

Sacudiéndole y mostrándole su daga.

Son dos, y por ello
te pagaron; pues yo, en paga,
si algo me ocurre, á esta daga

¡le daré funda en tu cuello!
¡Vete!

Le suelta. Huye el mesonero por la lateral pequeña.

No hay duda, ellos son
los que impacientes pasean...
¡Pues yo he de hacer que no vean
que tomo el rumbo á Aragón!

Se cubre con una anguarina de pastor, que le quita todo aire militar; va á salir por la lateral izquierda y retrocede en el acto.

¡Ira de Dios, llega gente!

Se oculta, dando la espalda á los recién llegados. Entran, vestidos como los mercaderes aragoneses, mosén Guillén y don Gaspar de Espés, seguidos de un mozo de espuela.

GASPAR

Acercándose con mosén Guillén á examinar al encapuchado, mientras el mozo inspecciona el fondo del zaguán.

De estar el mesón más claro,
dijera, mosén Guillén...

GUILLÉN

Más seguro, acercándose al viejo.

Decidlo, que no hay engaño.

Resuelto, abrazándole.

¡Por Dios, Gutierre de Cárdenas,
que ha sido famoso el paso!

GUTIERRE

Dejando caer su anguarina al escuchar su nombre, y reconociéndoles á su vez.

¿Llegasteis á Peñafiel?
¿Vos, el capitán?...

GASPAR

¡Callaos!

GUTIERRE

¿Don Gaspar de Espés?

GASPAR

¡Silencio!

GUTIERRE

¿Y el Infante?

GUILLÉN

De un gallardo
justador que hizo en Ocaña
morder al de Guiena el campo,
traemos nuevas.

GUTIERRE

¿ Pasó
la frontera ?

GUILLÉN

La ha pasado.

GUTIERRE

¿ Sin estorbos ?

GUILLÉN

Sin estorbos.

GUTIERRE

¿ Y entró en Osma ?

GUILLÉN

Sano y salvo.

GUTIERRE

¿ Quedó allí ?

GUILLÉN

Siguió el camino.

GUTIERRE

¿ Se hospeda ?

GUILLÉN

A muy pocos pasos
de vos, en este mesón.

GUTIERRE

¿ Dónde está ?

GUILLÉN

Le estais mirando.

El viejo, no viendo ante él mas que á los dos caballeros y al mozo de espuela, que sonríe, picarescamente ladeada la figura, exclama:

¡ No puede ser; me avisara
mi corazón castellano !

EL MOZO DE ESPUELA

¡ Tate, viejo ! Y de hoy más cuida
que el corazón no hace al caso
si ante él no baja el embozo
la prudencia de un Fernando.

A medida que habla, sobre el disfraz del mozo truhán pone su empaque la majestad del Príncipe aragonés, hasta tal punto que cuando él calla y tiende su mano, ya Gutierre cayó de rodillas y dice, besándola:

GUTIERRE

¡Señor!...

DON FERNANDO

Y basta, Gutierre,
de señor y besamanos:
dos viajeros, mozo y viejo,
que el camino y el acaso
juntan en este mesón,
á la distraída hablamos
aquí, porque ante la mesa
nos dan lugar estos bancos.

A los dos caballeros.

Tornemos á nuestro ardid
y á vuestro papel de haceros
los obscuros caballeros
que van á Valladolid;
vosotros, á la escarcela
y al contar; yo, á mis quehaceres;
viajáis los dos, mercaderes,
llevando un mozo de espuela;
no lo olvidéis; supla el tino
los riesgos de la jornada,
que esconder puede una espada
cada piedra en el camino;
miradme al traje, que yo
torno á ser el de Almazán,
y aquí, señor capitán,
vuestra milicia acabó.

Señala á Gutierre un banco ante la mesa; el viejo vuelve á calarse su anguarina; salta Don Fernando á sentarse sobre la mesa, afectando las maneras de su traje, para escucharle; los dos caballeros toman sitio al otro lado, junto á la ventana.

GUTIERRE

Si por Almazán entrasteis,
siempre lo creyó la Infanta.

DON FERNANDO

Pues por Almazán entramos,
que aun era gris la mañana,
de fardos de mercaderes
las acémilas cargadas;
mengua de arancel pidiendo
mis caballeros; con varas
de medir en los arzones,
pesas de fiel y romanas;
yo, de espolique, en un mulo,
llevando la cabalgada.

GUTIERRE

¿Sin armas?

DON FERNANDO

¿Qué mercaderes
vísteis viajando con armas?

A Treviño, en Burgo de Osma,
no acepté las que me daba,
y solo he seguido y solo
pienso llegar á las plantas
de Isabel, donde se encuentre.

GUTIERRE

¿ Cómo así ?

DON FERNANDO

Porque con lanzas
y capitanes y séquito,
dando y tomando batallas,
yo entrara en Castilla... ¿ quién
le pone coto á mi espada ?;
mas no en dos días, y en dos
juré llegar á la Infanta.
Ayer tarde, en Zaragoza,
dióme la moza sus cartas;
cabalgamos desde ayer,
llegaré á Dueñas mañana:
un día y medio; dos dije;
conque está en pie mi palabra.
¿ Y en tanto Isabel ?...

GUTIERRE

Su voz
para Almazán os llevaba;
que por mantener el plazo,

no aventuraseis la marcha;
que en Osma el Conde Treviño
le tiene ofrecidas lanzas;
que solo con él las sendas
Castilla adentro tomarais,
y, en fin, que cuanto habéis hecho
no lo hicierais.

DON FERNANDO

¡Linda plática!

GUTIERRE

Sonriendo.

Y al mismo tiempo su voz
para Almazán os llevaba,
que aguarda en Valladolid,
y desespera el que aguarda.

DON FERNANDO

Luego, lo que ella desea...

GUTIERRE

Contradice lo que manda.

DON FERNANDO

Pues, no haciendo lo que ordena...

GUTIERRE

¡Cumplisteis lo que anhelaba!

DON FERNANDO

Poniéndose en pie.

¡ Benditas nuevas !

A los caballeros.

¡ Seguimos
á Valladolid ! ¡ En marcha !

GUTIERRE

Precipitado, deteniéndole, mientras los dos caballeros se les reúnen.

¡ No haréis tal !

DON FERNANDO

¿ Quién me lo impide ?

GUTIERRE

¡ Vuestra prudencia... y mis canas,
señor !

DON FERNANDO

Explicaos.

GUTIERRE

Vienen
siguiéndome las pisadas
toda esta tarde, Villena
y el Marqués de Santillana ;

que como, á razón, sospechan
que á vos me envía la Infanta,
dar á seguras con vos,
siguiéndome á mí, esperaban.

DON FERNANDO

¡Brava astucia!... ¿Y quedan lejos?

GUTIERRE

Señalando al punto en que antes sonaron los pasos.

Aquí están, y estas pisadas
que hacen retemblar las vigas
del techo, las dan sus plantas.

DON FERNANDO

¡Recio pisan dos leones
de Castilla en una jaula!
Mosén Guillén, según eso,
son ellos dos los que estaban
mirando atentos la senda
de Aragón por la ventana.

GUTIERRE

¡Para abalanzarse, apenas
dejara yo la posada,
sobre Aragón, con la fuerza
que sus órdenes aguarda!

DON FERNANDO

¿ Dónde ?

GUTIERRE

Señalando al fondo.

Allá cerca; de un puente
bajo el arco agazapada.

DON FERNANDO

Pues bien dijiste: esa fuerza
le hace un estorbo á mi marcha.

GUILLÉN

Yo vuelvo sobre mis pasos,
pido á Treviño las lanzas,
que tiene prontas, y damos,
al regresar, la batalla.

DON FERNANDO

Que observa por la ventanuca.

Todo este es bosque de robles
que favorece emboscadas...

GASPAR

¿ Y caer sobre los dos,
prendiéndoles á mansalva ?

DON FERNANDO

¿Ya lo metéis á barato,
señor mercader? Más pausa;
que con varas de medir,
quien va despacio más gana.

Una breve pausa, después de la cual dice el viejo:

Vos salís para Almazán
sin perder más tiempo, Cárdenas;
fingid, dejando el mesón,
las marchas y contramarchas
que por despistarles, antes
tuvierais imaginadas;
ellos os verán, que tienen
buena mira en su ventana,
y si es el plan que dijisteis
su plan, sacarán las lanzas
del puente y os seguirán,
dejándome senda franca;
ni otra podemos jugar,
ni aquí nos queda otra carta.

GUTIERRE

Mas, ¿si recelan al veros?

DON FERNANDO

Toca á mi prudencia y basta.

GUTIERRE

¿ Yo salgo pronto ?

DON FERNANDO

Ahora mismo.

GUTIERRE

¡ Y cómo os dejo !

DON FERNANDO

A mi guarda
quedan mis dos caballeros;
Dios, que protege mi causa,
y Dios y mi suerte juntos,
que hacen la cruz de esta daga.

GUTIERRE

¿ Dónde y cuándo os vuelvo á ver ?

DON FERNANDO

En Valladolid, mañana.

Sale Gutierre por la lateral izquierda.

GUILLÉN

¡ Noble encina !

DON FERNANDO

Hija de un bosque
de cuya madera labran
aquí los tronos.

GASPAR

¿ Qué bosque ?

DON FERNANDO

¡ La lealtad castellana !

Atemorizado, Luján asoma por el fondo, y al ver que no está el viejo, pregunta:

LUJÁN

¿ Y el viejo ?

Brusco, al mozo de espuela.

Pero vosotros
¿ cuándo entrasteis ?

A los mercaderes, respetuoso.

Sus mercedes
¿ vienen de Aragón ?

GUILLÉN

¡ Huyendo !

Luján se acerca intrigado, y el mozo le detiene diciéndole:

DON FERNANDO

¿ No tienes cuarto en que hospedes,
por esta noche, á mis amos ?

LUJÁN

Uno.

DON FERNANDO

¿ Dónde ?

LUJÁN

Arriba, enfrente
de la escala, en un desván.

DON FERNANDO

¡ Mal apaño !

LUJÁN

¿ Mejor quieres ?

GUILLÉN

Ya basta.

DON FERNANDO

Subo á arreglarlo,
mientras cenan sus mercedes.

Y al pasar, encarga á Luján la cena de sus amos.

Olla, que habrá para todos ;

pierna de vaca, si tienes;
huevos que no estén pollados,
si puede ser, y ajoaceite.
Grano para los caballos;
sobre la mesa, manteles;
seguntes que pidan, vino;
y para mí, lo que cenes
en tu fogaril...

LUJÁN

¡Y basta!;
que ya se te ve que tienes
la boca de mercader
pidiendo.

DON FERNANDO

¡Mis amos pueden
pagar!

LUJÁN

No digo...

GUILLÉN

¡Muchacho:
basta de charla!

Asoman por la galería Villena y Santillana.

GASPAR

¿Quién viene?

LUJÁN

Dos caballeros que hoy son,
como su merced, mis huéspedes.

Sale por el fondo á encargar la cena.

VILLENA

¡ Sin tino os precipitáis
para subir!... ¡ Qué porfía!

DON FERNANDO

Brusco y sin miramiento.

Señor: ¡ si es que vos bajáis
más aprisa todavía!

VILLENA

¿ Qué?...

DON FERNANDO

Despectivo.

¡ Ya lo he dicho, por Dios!

VILLENA

¡ Tuya es la culpa!

DON FERNANDO

Eso os digo:
¡ si no espentarais conmigo,

no entropezara con vos!

Y se queda mirando.

SANTILLANA

Á Villena, sin darle importancia.

¡Dejadle!... ¡la tal polilla
no comerá vuestra espada!

VILLENA

¡Si me tuvo una mirada
de almirante de Castilla!

Llegan abajo. Tomé Luján, seguido de su hija, que trae servicio para los mercaderes, entra por la derecha y viene á hablar al Maestre.

LUJÁN

Señor, aparte venid...

Por los signos y referencias á la lateral izquierda, da á entender que le estará explicando la fuga del viejo; Santillana, con disimulo, se acercará á la mesa de los mercaderes, observándoles.

CHICA

Que apercibe la mesa á los mercaderes.

¿Vais hacia Castilla?

GUILLÉN

Vamos.

CHICA

¿ Y con priesa ?

GASPAR

A ver si entramos
mañana en Valladolid.

CHICA

Me apena.

GUILLÉN

Pues ¿ qué querías ?

CHICA

De hacer más largo hospedaje,
pidiera ver el bagaje
que traen las caballerías.

GASPAR

En él van paños, y van
velludos...

CHICA

¡ Quién los tuviera !

VILLENA

Acabando de hablar con Luján, que se retira por el fondo.

Gracias; ya he visto que él era
quien ha salido, Luján.

A Santillana, que se le acerca.

¿Qué gente?...

SANTILLANA

Son mercaderes
sin armas, que al discutir
ajustan los pareceres
á sus varas de medir.
Gente de paz.

VILLENA

Como os digo,
mal que Cárdenas fingió
contramarchas, no contó,
cuando escapaba, conmigo:
que le he visto á media senda
con las ansias de llegar,
salir del bosque y tomar
para el Burgo á toda rienda.
Conque las cosas están
como habíamos contado.

SANTILLANA

Señalando la lateral izquierda.

Y el Infante de ese lado,
si es que pasó de Almazán.

Al fingido mozo de espuela, que estuvo en la galería haciendo que bruñía un mal velón de picos, y en realidad escuchando la conversación de los dos caballeros, se le cae ahora su velón al suelo y hace un gran estrépito. Villena y Santillana levantan la cabeza. Pero ya el Mozo, disimulando, se deshace en gestos y aspavientos, como quien llama á la moza del mesón.

CHICA

Fijándose también, al ruido.

¿ Me llamas á mí ? ¿ Qué hiciste ?

DON FERNANDO

¡ Dióme en la pierna y voy cojo !

CHICA

Acudiendo, de buena gana.

¡ Llamaras antes !

DON FERNANDO

¿ No viste
que te guiñaba de un ojo ?

Siguen hablando y riendo. El de espuela atiende á ella, y graciosamente gesticula.

VILLENA

Marqués, tras el zorro viejo
sacad la fuerza del puente;
y yo aquí, entanto, no dejo
que lo malicie esa gente;
son mercaderes, y aun cuando
lo vieran, no entenderían;
mas, contándolo, podrían
prevenir al otro bando.

SANTILLANA

¿Cómo os aviso, al concluir?

VILLENA

¡Prended fuego al robledal,
y ésta será la señal
que me déis, para partir!

Sale Santillana por el fondo y queda Villena junto á la puerta. Por la escalerilla, trayendo á la moza de la mano, baja precipitadamente Don Fernando.

CHICA

¡Me arrastras!

DON FERNANDO

¡ Dáite más prisa,
mujer !

CHICA

¡ Pues déjame estar !

DON FERNANDO

Mis amos, sabe un cantar
que es para llorar de risa.

Se acerca Villena y el mozo le pregunta:

¿ Gusta el señor de romances ?

VILLENA

No mucho más de la cuenta;
pero alegran estos lances
de una noche en una venta.

A los mercaderes.

¿ Aun no os atienden ?

Con imperio.

¡ Luján !

El viejo, que ya entraba, se apresura.

¿ Qué hacen hoy los mesoneros,
que estos nobles caballeros
desamparados están ?

LUJÁN

Pensé que el mozo...

VILLENA

Harto hará
con estorbar á la moza...
¿ De dónde es ?

GUILLÉN

De Sos, que está
muy cerca de Zaragoza.

VILLENA

Seréis entonces parciales
del Infante.

DON FERNANDO

Metiéndose en la conversación.

Cuando entramos
por Almazán nos topamos
con sus banderas reales.

VILLENA

Pues no pasó la frontera,
ni hay medio, en esta ocasión.

DON FERNANDO

¡ Anda, que como él quisiera,
la pasa de un empellón !

VILLENA

¿ Contra una nación entera ?

DON FERNANDO

¡ De la raya anta Aragón,
el toque está en que uno quiera !

GUILLÉN

¿ Hay lenguaraz ?...

GASPAR

¡ Calle el mozo !

VILLENA

¿ Por qué ?

GUILLÉN

Su ardor imprudente
nos daña.

VILLENA

No aquí; yo gozo
con la pasión de esta gente;
castellano, al de Aragón
tengo por fuerza que odiar;
pero estas pláticas son
amenas...

DON FERNANDO

¡ Moza : al cantar !

VILLENA

¿ La voz es buena ?

DON FERNANDO

No es buena;
no cantes; dí la letrilla,
¡ y veréis lo que en Castilla
se dice del de Villena !

VILLENA

¡ Más me place !

La moza va á decir su romance y Luján se opone.

LUJÁN

¡ Calla, indina;
cállate !

VILLENA

¿ Por qué, Luján ?

LUJÁN

¡ Porque sus palabras van
á ocasionarme la ruina !

VILLENA

Si Villena, que es mi amigo,
de esta escena en un mesón

fuera esta noche testigo,
riera de corazón.
Canta, niña.

LUJÁN

¡Basta, digo!

DON FERNANDO

¿Se callará el mesonero?
¿pues no escucha el caballero,
y el caballero es su amigo?

CHICA

Con sonsonete, no exento de gracia.

«La Infanta de las Castillas
»quieren sacar á la venta;
»los compradores venían
»montados en mulas negras;
»de papahigos y manto
»cierra los tratos Villena.
»Aquestes que no podían,
»y esotros que no les dejan,
»Portugal y Francia pasan
»después que pasó Inglaterra;
»sólo Aragón ha quedado,
»que es lo mejor de la feria.
»—¿Cuánto pagas, Aragón?

»—Por la Infanta, cuanto quieras,
»si van en primeras tornas,
»delante de mis monedas,
»¡mis cinco villas, que tú
»le robaste al de Antequera!

»Como tantos reyes oyen,
»tanto se afronta Villena,
»que esconde en el papahigos
»las tintas de la vergüenza...
»Como no les ve, se miran
»el Infante y la Princesa.

»Lirio blanco y clavel rojo,
»clavel rojo y lirio blanco,
»la Infanta de las Castillas
»se dice para su sayo:
»¡Me librará de judíos
»Aragón, que habla cristiano!»

DON FERNANDO

Sin poder contenerse, al acabar la moza, y escondiendo en la desenvoltura del personaje su propia emoción.

¡Dame tu frente!

Forcejea un instante con la muchachita, diciendo:

Y la beso
sin que tú sepas por qué...

CHICA

Rechazándole.

¿Pues no es por aquello de
que al ratón le gusta el queso?

Queda la moza amenazándole graciosamente, y el de espuela, vuelto al Marqués de Villena, que oyó lívido, pregunta:

DON FERNANDO

¿Qué me decís?

VILLENA

Dominándose; á los mercaderes.

Que éstos son
de un Villena, caballeros,
los juicios que en un mesón
hacen tahures y arrieros.

DON FERNANDO

Por la moza.

No es de tahur esta boca,
si bien la miráis, señor.

VILLENA

Por la moza también y ya dueño de sí.

Grano que pudre en la roca,
da en tierra buena y es flor.

DON FERNANDO

Gentilmente; llenándole un vaso al Marqués.

Pues, ¡por ella!

VILLENA

¡El vaso es chico!
¿Guardas para ti el pellejo?

DON FERNANDO

Para tahures lo dejo.

VILLENA

¡Venga acá!

DON FERNANDO

Pasándole la bota, que había cogido con intención de beber.

¡Vaya el botico!

Mientras Villena bebe, dice el mozo, animándole:

¡Buen pulso!

VILLENA

Acaba de beber, le devuelve el pellejo y, mientras el mozo bebe, añade:

Y, gracias á Dios,
tan brioso, que te digo

que, en una apuesta los dos,
la echara á pulso contigo.

DON FERNANDO

Enjugándose con el revés de la mano.

¡Pues yo no os he de apostar
sino que él pasa adelante!

VILLENA

¿Quién es el que ha de pasar?

DON FERNANDO

¿Quién ha de ser? El Infante.

Villena se dirige á la mesa de primer término, satisfecho de traer aquí la atención de todos; los dos mercaderes y la moza le siguen.

VILLENA

¡Va en contra!

DON FERNANDO

¡Va mantenido!

CHICA

Alborozada y palmoteando.

¡Voyme á reir!

DON FERNANDO

A la moza.

Tal espero.

Al Marqués.

¿ Se cruza tanto dinero ?

VILLENA

Lo que quede establecido.

DON FERNANDO

Un jarro, que pagaréis
mañana en Valladolid.

VILLENA

No estaré.

DON FERNANDO

¿ Ya es un ardid
con que os tapáis, si perdéis ?
A vos un viaje ¿ qué os cuesta ?...
Pierda el que pierda en la lid,
no hay más condición : la apuesta
se paga en Valladolid.

VILLENA

¡ Pues va, sin plazo !... Y veamos
cómo las fuerzas están ;

tú puja, porque serán
jueces de campo tus amos.

Se han sentado ambos ante la mesa; la moza y los caballeros les observan ansiosos; Luján quedó un momento junto á la ventana; repentinamente se lleva las manos á la cabeza y sale precipitado por el fondo.

¡Ya empiezo!

DON FERNANDO

¡Mal empezáis
si gastáis fuerza ofendiendo!
El caso es irse encendiendo
de paso que adelantáis...

VILLENA

Recobrando su posición.

Pues te agradezco el consejo.

DON FERNANDO

Pues me place, que os le dí
porque me conviene á mí.

VILLENA

Volviendo á atacar.

¿Y si acabo?

DON FERNANDO

Resistiendo otra vez.

¿Y si no os dejo?

Villena cede bruscamente para engañar al adversario.

¿Agora os echáis atrás?
Pues yo en mi terreno estoy.

VILLENA

Explicando su fingida debilidad.

Yo soy astuto.

DON FERNANDO

Yo más,
que no visteis que lo soy.

Luchan unos instantes en silencio.

CHICA

Que sigue la prueba con interés.

¡Por el mozo he de apostar!

DON FERNANDO

Pues agora he de vencer.

VILLENA

¿Tanto te puede ayudar?

DON FERNANDO

¡Si es una voz de mujer!

VILLENA

Con ironía y frialdad.

¿Cuándo vences?

DON FERNANDO

Preparándose para el definitivo envite.

¡Cuando quiera;
que aquí hay furia!

VILLENA

Apretando los dientes para resistir.

¡Y aquí aguante!

DON FERNANDO

Doblando el brazo de su adversario y haciéndole dar en la mesa un golpe seco.

¡Pues corred á la frontera,
porque aquí pasó el Infante!

Todos aplauden y la moza le abraza gentilmente.

VILLENA

Restregándose la mano magullada.

Pero en la apuesta no entraba
de magullarme en la mesa.

DON FERNANDO

Señor: resultancia es esa
de la furia que llevaba;
si no me resisten, no
pongo pasión en el juego;
mas, si me resisten, yo,
demás que gano, ¡apuñego!
Perdón.

VILLENA

Si es porque la lid
fué reñida, ello me halaga.

DON FERNANDO

Pues ya está dicho: la paga
del jarro en Valladolid.

VILLENA

Pues cuando llegue al final
de cierto empeño de honor,
yo haré que te busquen por
las tabernas de arrabal.
Y he de hacer más: en tu oficio

te tomaré de criado;
que eres terco y soy pagado
de tenerte en mi servicio.
¿ Queda entendido ?

DON FERNANDO

Lo siento,
pero no puedo aceptar;
que en Valladolid ya cuento
con una casa al llegar.

VILLENA

Volviéndole la espalda.

Por ti harás.

A los mercaderes.

Decid, señores,
si estos lances de mesón
no alegran el corazón.

GUILLÉN

Ni los he visto mejores
ni con más satisfacción.

Por la ventana y por las puertas, poniendo en alarma á todos, entra, creciente, el resplandor de un incendio; suenan clamores afuera y llega Luján despavorido, gritando:

LUJÁN

¡Me abrasan el robledal!

VILLENA

Arrojando al mesonero un bolso con monedas.

¡Toma su precio en caudal
y calla, perro enemigo;
que arder tu bosque es señal
que á mí me madura el trigo!

A los mercaderes.

Señores: os abandono
con luto en el corazón;
pero es servicio del Trono
y he de dejar el mesón.

GUILLÉN

Nuestra amistad os lleváis,
y dárosla es nuestro orgullo.

DON FERNANDO

Que estará junto á la puerta al salir Villena, le dice:

Conque, olvidad el magullo
y otra vez no resistais.

Sale Villena, seguido de Luján y la moza. Apenas desaparece, los dos caballeros, dejando todo fingimiento, se abalanzan á la ventana para observar.

¡Quietos!... Mi vida os jugáis
y mi hacienda castellana
si os leen por la ventana
la alegría que mostráis.
¡Gaspar, corred á la puerta
para volver á mi lado,
cuando nos hayan dejado
franca la senda y abierta!

Don Gaspar sale por el fondo; Guillén vuelve á sentarse á la mesa; el mozo va y viene, fingiendo servirle; todo en silencio, flotando sobre la acción trivial la grandiosidad del momento. Don Fernando, en voz baja, prosigue:

Noble Guillén, imagino
que ya se hacen luminarias
¡porque Dios nuestras plegarias
ha escuchado, en el camino!...

Repentinamente, sin poderse contener, se acerca á la ventana.

¡Villena, á tener razón
de quien el mesón encierra,
barrerías el mesón
con tus lombardas de guerra!

Toma el jarro que usó tantas veces y llena á mosén Guillén la copa.

¡La última copa, Guillén,
que os escancio de criado!

GUILLÉN

Radiante.

¡Señor, llenádmela bien,
que bebo á que habéis triunfado!
¡A vuestro loor el vino,
pero en tierra la rodilla!

Va á inclinarse y Don Fernando lo impide.

GASPAR

Entrando, con un alarido de triunfo.

¡Libre os dejan el camino,
señor! ¡Ya estáis en Castilla!

DON FERNANDO

¡Al aire nuestro guión
y abra su campo á mi estrella!

Empuña su daga, que mantiene entre los caballeros dejando libre la cruz.

¡Cataluña y Aragón
por Doña Isabel!

GASPAR Y GUILLÉN

Tendiendo sus manos.

¡Por ella!

Vuelven Luján y la moza, que manifiestan estupor viendo y oyendo.

LUJÁN

¿ Qué pasa ?...

DON FERNANDO

Al salir, acompañado de sus caballeros, por el fondo.

Al hombre que ha estado
con nosotros en tu hogar,
cuando te hable, al regresar,
de una jarra que ha apostado
y ha perdido en el mesón,
¡ le dirás que ella es un guante
que le mantiene el Infante
Don Fernando de Aragón !

Salieron. Queda el mesonero consternado. La moza escuchó con dolorida sorpresa. Va hacia la puerta. Levanta el brazo, en un gesto melancólico de adiós, de emoción, de vasallaje.

TELON

ACTO CUARTO

La habitación de la Princesa Doña Isabel, en Valladolid y en las Casas de Vivero.

La puerta que hay en la pared del fondo da sobre un corredor, al que abren también las puertas del oratorio ó capilla, cerradas al levantarse el telón.

Todo el muro lateral derecho está dispuesto de modo que su centro es una ventana ojival practicable, á uno de cuyos lados está el estrado de la Princesa.

A la izquierda, dos puertas: una, para el uso privado de Doña Isabel; otra, para comunicarse con el resto del palacio.

Los muebles, de la época; y en un rincón del estrado, la rueca de Doña Isabel.

Como quien acaba de llegar de un largo camino, doña Clara de Alvernaes, dejando sobre la mesa de labor toca y guantes, habla con la Bobadilla.

BEATRIZ

¿Y pensabais, doña Clara,
que veníais á esponsales?

CLARA

Doña Isabel en las letras
que he recibido llamándome,

contaba juiciosamente
las horas y los instántes,
fallando que hoy era el día
que iba á llegar el Infante.
Me ordenaba, estando en juicio,
que viniera con su madre,
y estando ella enferma, sola,
porque la representase...

BEATRIZ

Luego, la Reina...

CLARA

No ha vuelto
de su privación; hablasteis
con ella la última vez
que atinó á hablar razonable;
la casa de Madrigal,
desde entonces, no es de nadie.

BEATRIZ

Pues aquí todo está á punto
de hacer hoy los esponsales;
pero el de Aragón no viene,
ni de sus pasos se sabe.
Dos veces en estos días
crucé el Pisuerga á esperarle;
ni él llega, ni corren lenguas
de su partido; ayer tarde

salió Gutierre de Cárdenas
para Almazán, á su alcance;
nada espero.

CLARA

¿Y nuestra Infanta?

BEATRIZ

Menos que yo; fueron aire
sus ilusiones.

CLARA

¿No tiene
quien recoja su estandarte,
mal si Aragón lo abandona?

BEATRIZ

Carrillo: que está gozándose
de este abandono, porque
ya en Madrigal hizo alarde
de que, no entrando con él,
no entrara solo el Infante.
Dejóle hablar Isabel...

CLARA

¿Debió atenderle?

BEATRIZ

¡Quién sabe!...
Pero hoy, tan sola, parece,

doña Clara de Alvernaes,
torreón en campo yermo
que se rajan sus sillares.

CLARA

Aquí viene.

BEATRIZ

Y vos callad,
si ella os calla, del Infante;
que por no hablar dudas de él,
se ha privado de nombralle.

Viene por la lateral, triste, como quien tiene sus ilusiones por tierra, Doña Isabel.

CLARA

Acudiendo á abrazarla.

¡Doña Isabel!

ISABEL

¡Doña Clara!

Y después de abrazarla.

¿Sola?... ¡Cuitada mi madre!...

Hay una pausa; la Infanta llega con melancólicos pasos al mirador; las dos damas la siguen con la vista; Doña Isabel contempla unos instantes desde el mirador la plaza y las calles de la ciudad.

Y hoy está un día, que os digo
que, á pesar de los pesares,
me tiene Valladolid
su cara de días grandes...

Deja el mirador; vuelve á acercarse á doña Clara.

Conque, atendiendo á mis letras,
¿ venías para esponsales ?...
¡ No os moféis de mí, que soy
la primera en afrontarme !

Se desploma en los brazos de su vieja nodriza, que, sin poder contener sus lágrimas, les da rienda suelta.

CLARA

¡ Todo se andará, Infantica !
¿ quieres que llore ?...

Y ya lo pregunta llorando; Doña Isabel, con cariñosa gravedad, la acaricia y dice á Beatriz:

ISABEL

Y no extrañes
que hoy, vieja y hecha á pasar
tristezas junto á mi madre,
tenga tan prontos los ojos
para el llanto la Alvernaes;
moza en años, cuando fué

mi nodriza, aya más tarde,
ya dicen que yo la hacía
llorar con mis terquedades:
un día, porque unas franjas
de luz de sol en el aire
se me figuraron tules,
queriendo que me cortase
de aquellos tules un velo,
le dí tortura; era fácil
ponerme el tul en las manos
y, si aun instaba, azotarme;
pero, más hecha á mis órdenes
que á su razón, la Alvernaes
dióse al llanto y se llevó
llorando toda la tarde...
¡Menos mal si ya llorabas,
en aquellos velos de aire,
los que hoy debían cubrir
mi frente en mis esponsales!

CLARA

Me afrontáis...

ISABEL

¡No, vieja mía,
líbreme Dios de afrontarte!
Tu corazón, en un hombre,
¡y aun viéramos novedades!

Acogiéndose á su estrado, parece buscar algo en la sala.

BEATRIZ

Previniendo su deseo.

¿La rueca?...

ISABEL

Acercándose al sitio en que doña Clara se ha sentado, sobre un escabel y acomodándose junto á ella.

Sí, quiero hilar;
que cuando está el alma seca,
no hay cosa como una rueca
para volverla á ablandar...

Beatriz, acercándole la rueca, se sienta á sus pies de modo que todas forman un grupo íntimo; Isabel ocupa el centro, y un rayo de sol cae sobre el huso. La Infanta, hilando, dice:

Poco á poco... Esta es la vía
que cuadra al esfuerzo humano;
que poco á poco la mano
retiene á la fantasía.
Si anda el espíritu loco
de afanes para mover
las ruinas que vió caer,
dice el fuso: «poco á poco;
con los mayores denuedos
no evitarás el dolor;
conque tomarlo es mejor
en las yemas de los dedos;

trillarlo, hacerle soltar
sus grumos de sangre y lodo,
y retorcerlo de modo
que se le pueda ovillar...»
Beatriz, si miras, verás
que las sendas están llenas
de los que huyen de las penas,
¡y las penas corren más!
Pues si al fin, por más bregar,
nadie se libra, es razón
pararse á sufrir, hilar
el copo del corazón;
de las escorias que esconde
limpiarlo en este crisol;
plantar nuestra rueca donde
la bañe un rayo de sol;
y así, en laboriosa calma,
poco á poco, á pasos quedos,
¡lo mejor que hilan los dedos
es lo que va hilando el alma!...

A doña Clara.

Si otra vez, como aquel día,
te pido el sol, doña Clara,
mira su luz donde para,
dime: «hila el sol, hija mía»...

A Beatriz.

Y si estos dolores de hoy
los puedo al fin olvidar;

si, aunque es de espinas, estoy
en camino de reinar;
si me ves que dudo cuando
la ortiga del triunfo toco,
dime, Beatriz: «poco á poco
se hacen los reinos, hilando»...

Suena, lejano, un rumor de exclamaciones.

BEATRIZ

¡Viene un rumor de la vega!
¿No oís?

CLARA

No me deja el llanto.

BEATRIZ

Corriendo al mirador.

¿Será el Infante que llega?

ISABEL

Con dulce ironía; no queriendo dar crédito, aunque tuvo el mismo presentimiento.

Beatriz, ¿habré hilado tanto?

Bruscamente, por la lateral de segundo término, irrumpe el Obispo Carrillo.

Obispo...

CARRILLO

Os pido perdón
si entro á destiempo, señora;
pero no está la ocasión
para detenerme ahora.
Triunfasteis: en el balcón
de su abuelo el Almirante,
ya ha visto el pueblo al Infante
Don Fernando de Aragón.

ISABEL

Temiendo todavía un desencanto; con ansia.

¡Poned tino en lo que habláis!

BEATRIZ

¡Lo dije yo!

CLARA

¡Alegra el alma,
mi Infantica!

Al Obispo.

Y viene...

ISABEL

Calma:
mirad á quien lo afirmáis;
pensad que pudo haber yerro,

y callad si es presunción;
no estrujéis mi corazón
con vuestras manos de hierro.

CARRILLO

Lo dudaba como vos,
pero es bien cierto. El destino
quiere que triunféis los dos.

CLARA

¿Y vendrán?...

CARRILLO

Con cierta contrariedad, que hace el tono más solemne.

Ya está en camino.

Hay una pausa en que la emoción de la mujer y de la hija se sobreponen á todo. Sintiendo más su desamparo, en su alegría, la Infanta se acoge á su anciana nodriza.

ISABEL

La mano con que has cuidado
de mi madre bese yo,
porque sabe á madre;

Lo hace.

y no
te me apartes de mi lado...

Beatriz, da en casa la alerta,
pregónenlo por la villa
y esté mi alcaide, á mi puerta,
con el pendón de Castilla.

Beatriz se inclina y sale. La majestad de las palabras de la Infanta y su mesura de mujer y princesa tienen al Obispo sin hablar unos instantes. La Princesa le interroga.

¿ Queréis más ?

CARRILLO

Mesurando al principio el tono para no lastimar á la Infanta.

Hemos de ver,
ya que el Príncipe adelanta
los hechos, cómo han de ser
las vistas con él, Infanta.

ISABEL

¡ Quién fuera sólo mujer !

CARRILLO

Mucho importan vuestro afán
de dama y vuestro recato;
pero este pliego en que van
los capítulos del trato,
lo tenéis que conocer.

Abriéndolo y pretendiendo que que Doña Isabel lo lea.

ISABEL

Desentendiéndose.

Don Alonso, habrá ocasión;
que hoy por hoy el corazón
tiene sobrado que hacer.

CARRILLO

Pues yo no arrojé mi guante
contra Portugal y Guiena
para estar mal con Villena
por el amor del Infante;
él bese, que yo le dejo,
la mano que está por él;
¡pero entienda que Isabel
tiene detrás su Consejo!

ISABEL

Carrillo: cuando el acero,
que no os piden, no cobráis,
¡qué prontamente pasáis
de soldado á consejero!

CARRILLO

Los tuvo siempre Castilla,
y es mi derecho y no cejo;
¡que ni ante el Rey su rodilla
doblan los diez del Consejo!
Usos son y en uso están;

conque no tiene Aragón
mas que tomar la nación
del modo que se la dan.

ISABEL

Yo callo; pero él quizá
responda que su deber
es tomarla como está
y hacerla como ha de ser.

CARRILLO

No; que yéndole á la mano,
le digo en mi conclusión:

Leyendo, después de buscar en el pliego los capítulos.

«El Infante de Aragón
»no será Rey castellano;
»no tendrá cuño en moneda;
»no habrá tributo que pueda
»cobrar nuevo, abolir viejo;
»se entenderá que le queda
»voz y no voto en Consejo;
»se unen reyes, no agavilla
»los pueblos francos su unión;
»la Reina es reina en Castilla,
»y el Rey es rey de Aragón...»
Y aquí se habrá de estrellar
su ambición, si le ha movido
vuestro cetro á codiciar...

ISABEL

¡Conque lo que él no ha pedido,
vos ya le queréis negar?

CARRILLO

De que besemos su diestra
con respeto, no concluya
que Castilla ha de ser suya...

ISABEL

Pero, Alonso, ¿ha de ser vuestra?

CARRILLO

Fuimos vuestros valedores
en los riesgos y cohechos;
pues adquirimos derechos
de leales servidores.

ISABEL

Grave y enérgica.

¿Y esperanzáis de mirar
vuestros servicios premiados,
ó ya queréis ajustar
las cuentas como criados?
Porque en lo primero, yo
no habrá tesón que no venza;
¡pero en lo segundo, no
me dejará la vergüenza!

CARRILLO

Ni yo lo exijo; que todas
nuestras justas peticiones
las pongo en estos renglones
del capítulo de bodas.

ISABEL

¡Pues acá lo necesito;
que al cabo, de no acordar,
no cuesta tanto pasar
las rayas sobre lo escrito!

Va el Obispo Carrillo á depositar el pliego en la mesa y añade:

CARRILLO

Y entended que si recela
mi hidalguía del galán,
es que mis sospechas van
naciendo de su cautela.
Cara le pudo costar;
mas fué cautela su hazaña
de entrarse un día en Ocaña
para poderos hablar;
cautela, en esta contienda
que movíamos los tres,
buscar el solo la senda
que le trae á vuestros pies;
cautela, tornarme á mí

la espada que le ofrecía;
cautela, su correría
de la frontera hasta aquí;
cautela, pasar las crestas
de lanzas fortificadas,
agitar, moviendo apuestas,
las mesas de las posadas...

ISABEL

Sonriente y enardecida.

¿Qué decís?...

CARRILLO

¡Pábulo son
de su fama estas noticias,
que una moza de un mesón
las trajo, pidiendo albricias!
Pues, solo ante mil, triunfar,
y siempre al azar y en vela,
acá doy rostro, allá espuela,
¡caro le pudo costar!;
pero también es cautela.

ISABEL

¡No, Alonso!... Al ver mi aflicción
por lo escrito en el papel,
lanzó al aire el corazón
y salió andando tras él;
ni hubo más en la partida,

ni otro quedará en la fama,
que el que se juega la vida
para amparar á su dama.

El tumulto se hace más clamoroso cada vez.

CLARA

Atemorizada.

¡Qué griterío!...

ISABEL

Queriendo saborearlo.

Callad...

CARRILLO

Pero ¿es que el Pisuerga crece,
ó es que el ámbito estremece
rugiendo la tempestad?
No será sino que van,
ebria la turba, él triunfante,
dando á los aires su afán...

VOCES EN LA PLAZA

¡Castilla por el Infante!

CARRILLO

Acudiendo al mirador.

¿No os lo dije? Y aclamado

por vuestro pueblo, al abono
de su aventura exaltado,
viene á vistas velado
como á las gradas de un trono...

Señalando.

¡ Miradle do va el doncel
sin barbas en la mejilla!
Pero ya arrastra con él,
de la una mano, á Castilla;
de la otra mano, á Isabel.
¡ Vos hais de llorarlo cuando
sea tarde!...

Asomándose á la ventana.

¿ Dónde vais,
villanos?, ¿ qué voceáis?

VOCES

¡ Castilla por Don Fernando!...

CARRILLO

Dejando el mirador.

¡ No aclaman siervos pagados
al más alto personaje
con gritos más levantados!

A Isabel, al pasar.

¡ Ahí los tenéis, bien cobrados,
los réditos de su viaje!

Pues no os extrañe que apreste
todas mis armas ahora,
si el único plazo es éste
que me da el tiempo.

Recoge sus pergaminos de la mesa y dice, al salir por la lateral, amenazando:

Señora:
decille luego al Infante,
si pone rumbo al altar,
que yo lo guardo; ¡y delante
de mi espada ha de pasar!

Sale por el fondo, y Doña Isabel se queda diciendo:

ISABEL

¡No dan tregua al corazón!...

A Doña Clara, señalando la lateral de segundo término.

Abridme, Clara, esas puertas.

Va á hacerlo Doña Clara; pero, precedido de la Bobadilla, el Infante se anticipa á entrar, diciendo:

DON FERNANDO

No os canséis: las halla abiertas
Don Fernando de Aragón.

Ve á Doña Isabel; quedan las damas haciendo grupo en el fondo; la Princesa avanza un paso; cae el Infante á sus pies.

¡ Señora !...

ISABEL

Olvidad que he dado,
con mis letras, ocasión
al riesgo en que habéis estado.

DON FERNANDO

Alzándose.

Me trajo aquí el corazón
aun más que vuestro dictado.
Porque aquel día, de aquella
reja oscura en el repecho,
clavé una daga; pero ella
vino á clavarse en mi pecho.

ISABEL

¿ Tenéis alma de evocar
la crueldad de aquel día ?

DON FERNANDO

¿ No os dije que volvería ?

ISABEL

Quien me mentía al hablar,
¿ no dió pie para pensar

que al prometer mentiría ?
Gutierre, con quien trataba
de mis dudas sobre vos,
me hacía afrenta; y por Dios
que bien os representaba,
que es leal y su alma entera
no ve engaño en los demás...

DON FERNANDO

¿ Y vos ?...

ISABEL

Yo dudaba más,
porque más me convenciera.
Pero en Madrigal...

DON FERNANDO

¿ También
dudasteis en Madrigal ?

ISABEL

¡ Harto era entonces mi mal
para no esperar de un bien !

DON FERNANDO

¿ No ardió Castilla, primero
que ver sangrar vuestra planta ?

ISABEL

Yo era en Castilla «la Infanta»;
¡pero era más mi escudero!
«Esto pagas, esto comes»;
ya es feria Castilla entera.

DON FERNANDO

Como para sí.

¿Qué fué de los ricos homes
de los tiempos de Antequera?

ISABEL

Los que morían, mandaban
abrasar sus esqueletos,
para no ver que lucraban,
vendiendo huesos, sus nietos.

DON FERNANDO

¿Y un Carrillo?

ISABEL

Vive, dando
su espada á quien más le da.

DON FERNANDO

¿Y un Villena?

ISABEL

Compra un bando
vendiendo al bando en que está.

DON FERNANDO

Pero ¿el Rey?...

ISABEL

Como es su rango
mayor, es de oro su reja.

DON FERNANDO

¿Y el trono?

ISABEL

Lo hacen de fango,
por dallo á la Beltraneja.

DON FERNANDO

¿No hay justicia?

ISABEL

La ambición
de los grandes la destroza.

DON FERNANDO

¿Y mis flores de Aragón?

ISABEL

¡ Pudrieron entre la broza !

Deja una pausa, conteniendo el sollozo que quiere brotar. Religiosamente airado, el infante escucha.

¿ Veníais á velaciones ?...
¡ Pues disponed vuestro acero,
porque Carrillo, primero,
quiere imponer condiciones !

DON FERNANDO

¡ Basta ya !

ISABEL

Y así veréis
qué es un trato castellano :
cuando os paguen con mi mano
las honras que adelantéis.

DON FERNANDO

¿ Puedo, Isabel, apoyar
mi espada en vuestra razón ?

ISABEL

A quien ya dió el corazón
¿ qué le quedará por dar ?

DON FERNANDO

Pues bien: las flores aquellas
yo he de amparar, dueña mía;
vengo de Aragón por ellas,
y aunque es uso y pasa, hoy día
¡la mano que ose vendellas
caerá en redondo, á cercén!
¡Altas, tan altas las quiero,
que á cortarlas, donde estén,
llegue tan sólo mi acero!

ISABEL

Casi para sí; inefablemente.

¡Gracias, Dios mío!

BEATRIZ

A doña Clara, que se acercó á la puerta del fondo.

¿Qué pasa?

CLARA

Gente que llega...

ISABEL

A Don Fernando.

Ellos son.

Llegan cuatro ó cinco nobles castellanos, capitaneados por Carrillo.

CARRILLO

Venia...

ISABEL

Con un gesto.

Esperaos.

A Don Fernando.

Mi Casa.

A los consejeros.

Don Fernando de Aragón.

Los del Consejo hacen acatamiento al noble huésped y parecen esperar que él hable. Don Fernando, componiendo su actitud y con su impenetrable disimulo habitual, un poco frío, dice:

DON FERNANDO

De mi padre, que sus males
retienen en su castillo,
traigo los brazos reales
para el Obispo Carrillo;
y atento á su voluntad
quiero acatarla... ¿ Quién es ?

CARRILLO

Yo soy.

DON FERNANDO

Acercándose y abrazándole.

No os caigo á los pies,
por daros más mi amistad.

CARRILLO

Confiando.

Vuestra es la mía, y mi espada.

DON FERNANDO

Soy temeroso de Dios;
conque, no usándola vos,
dóyla por bien empleada.

CARRILLO

Comprendiendo la alusión.

Y yo, como conocía
vuestra piedad, al acero
dí treguas en este día,
guardando mi jerarquía
de prelado y consejero.
Prelado, ante mí y por mí
se harán vuestras velaciones;
conque es mucho y traigo aquí
de Dios las delegaciones.
Consejero de Castilla,
señor Infante, éstos son

los pactos de la nación
cuya—y no más—es la silla
de quien os da el corazón.

DON FERNANDO

Pues Doña Isabel por ella,
yo por mí, y ambos con Dios,
decidiremos los dos
si esto se pacta y se sella.

Recoge los pliegos y con cierto desdén señoril los deja sobre la mesa.

CARRILLO

Pero...

ISABEL

¿No os basta, Carrillo?

CARRILLO

Digo...

La Infanta vuelve á manifestar impaciencia.

DON FERNANDO

Dejalle decir;
que habiendo de decidir,
huélgome mucho de oillo.

CARRILLO

Digo que cuando sepáis
lo escrito en las conclusiones,
aceptáis ó no aceptáis;
pero éstas son decisiones.

DON FERNANDO

¿Vuestras?

CARRILLO

Me tiene un mal dejo
vuestra pregunta y me humilla!
Del Consejo de Castilla.

DON FERNANDO

Yo no he creado Consejo.

CARRILLO

¡Ni os cumple su creación!

DON FERNANDO

¿Cuándo ciña la corona,
reinaré de mi persona?...

CARRILLO

Como os plazca, en Aragón;
que en Castilla—¡y plegue á Dios
no os lo haya de recordar!—

entendemos conservar
nuestra franquicia ante vos.

Hay una pausa solemne que rompe el Infante.

DON FERNANDO

Castellanos guardadores
del derecho: ¡afinco en él
negándome á hacer honores
á siervos donde hay señores!
Princesa Doña Isabel:
traje á Castilla mi acero
para ser, á vuestro lado,
si vos lo queréis, soldado;
si lo mandáis, escudero.
Soy nada ante vos; de modo
que conmigo habéis de hacer
como Dios, cuyo poder
sopló en la nada y fué todo;
pero entended, pues ya estamos
en las gradas del altar,
que en la honra que me han de dar,
los dos á la parte entramos;
menos valgo, y vuestra fe,
viniendo á mí, viene á menos;
decidan los hombres buenos
de vuestra Casa; yo hablé.
Mas si Carrillo es aquí
grande por vos y por él,

decille, Doña Isabel,
que mi padre me hizo á mí
Rey de Sicilia en Daroca;
conque, para un Rey, es poca
grandeza la del más grande,
y así, Castilla me mande
nada más por vuestra boca.

CARRILLO

Furioso, avanzando, á Doña Isabel.

¿Dais venia?

ISABEL

¿Queréis hablar,
si ya la voz os quitaron?

CARRILLO

¡Falta saber si la erraron
quienes me hicieron callar!

ISABEL

Basta, os digo. Y ved que entiendo
de fallar en la tensión;
no hagáis que mi corazón
rebose aquí, no queriendo.
Las leyes que pretendéis
defender, nadie atacó:
¿no dijo Aragón que yo

decidiría ?, ¿ queréis
mejor respuesta ?

CARRILLO

Más pronta ;
¡ déla á Castilla Aragón !

ISABEL

¡ Pues bien : ambos reinos son
dos en uno y *tanto monta!*
¡ Por mí, Aragón ; yo, por él,
juro que han de ser, reinando,
Isabel como Fernando,
Fernando como Isabel !
Yo sé que con esto humillo,
señores, vuestra ambición ;
¡ pero libro á mi nación
de avaricias de caudillo !
Ya os dije que el corazón
rebosaría, Carrillo.

CARRILLO

¡ Dejó mancha al rebosar,
y es de sangre !

ISABEL

¡ El sol la seca !

CARRILLO

Amenazando y dispuesto á retirarse.

¡ Princesa : os quité de hilar,
pero os volveré á la rueca !

GUTIERRE

Su voz, por el fondo.

¡ Plaza á Castilla !

Atropellando por entre los nobles del Consejo, al entrar, y dirigiéndose á Carrillo.

¡ Os tardáis
catando el peso á los trigos
y avanzan los enemigos
sobre la casa en que estáis !

DON FERNANDO

Decid, ¿ qué pasa ?

GUTIERRE

A Don Fernando.

Advertido
Villena de vuestro ardid,
volvió grupas, y ha venido
con gente á Valladolid.
Repite el golpe de Ocaña,
sus lanzas llegando están...

DON FERNANDO

Carrillo: ocasión os dan
de poner precio á una hazaña.

CARRILLO

A sus nobles.

¡Armadme al pueblo!

DON FERNANDO

Frío y tranquilo.

No basta:
primero la bendición
me daréis; que en Aragón
no ceden los de mi casta.
Heme aquí, mi causa es buena;
llega Villena, y si en esto
no cedéis, heme, dispuesto
para tratar con Villena;
que él, con afán de menguar
vuestro partido, tomando
mi espada para su bando
no es duro de contentar.
Hasta ahora, en vuestras querellas,
Doña Isabel padeció:
¡falta que llegara yo
para aprovecharnos de ellas!
Ya sois vos quien ha de dar
respuesta, y el tiempo pasa...

CARRILLO

Con ira; cediendo á la fuerza.

¡Os recibirá, en mi altar,
un capellán de mi casa!

DON FERNANDO

Triunfante.

¡Maravilláramee yo!

CARRILLO

¡Y así veréis, Don Fernando,
que cuenta mi mano y no
las lanzas del otro bando!

DON FERNANDO

Frío; devolviéndole el pergamino de los tratos.

Pues sobran tratos.

Como el Obispo no se decide á recogerlo, añade el Infante:

Un rey
de Aragón, en caso igual,
corrigió con su puñal
los abusos de una ley;
yo no lo haré, castellano,
si llego á reinar, porque,
aun sin el puñal, ¡tendré
bastante fuerza en mi mano!

CARRILLO

Toma el pliego, exclamando:

¡No fuera Villena y no
me vierais ceder, Infante!;
¡mas me avengo á caer yo
para que él no se levante!

A sus nobles, disponiéndose á salir por el fondo.

¡Señores, demos por buena
la respuesta de Aragón,
y hágase la velación
porque no quiere Villena!

Desde la puerta, al salir, dice todavía:

Y aun, para más apretar
el lazo que os ha de atar
y con que el paso le cierro,
¡Princesa, os he de casar
con guantelete de hierro!

Sale, seguido de sus caballeros.

ISABEL

¡Este es grande en su ambición,
y hay campo donde hay grandeza!

DON FERNANDO

Triunfante.

¡Y éste os abre, en su fiereza,
la cárcel del corazón!

A Gutierre de Cárdenas.

Salid, Cárdenas, y al pueblo
que está del palacio al pie,
repartid armas; decidle
que quiere Doña Isabel
que por testigo de bodas
presente en ellas esté:
lleguen las turbas á cientos,
y á miles si puede ser...
¡mirad que sea un testigo
que cierre el paso al Marqués!

Por el fondo suena la voz descompuesta de Villena, que entra con la espada desnuda, gritando:

VILLENA

¡Ténganse al Rey los traidores!

DON FERNANDO

Violentísimo; volviéndose.

¿Pero á vos mismo os prendéis?

VILLENA

Al verle; reconociéndole.

¿Vos el gañán del mesón?

DON FERNANDO

Que os tiene la apuesta en pie.
No hagáis caso de gañanes,

señor Maestre, otra vez;
menos, si os apuestan puños,
y menos, si los perdéis.
La jarra que estaba en tratos
bien la podemos beber
esta mañana, á las bodas
de Fernando y de Isabel.

VILLENA

Si hoy se cumplen.

DON FERNANDO

¿Deseabais
adelantarlas, tal vez?

VILLENA

Quiere el Rey, nuestro señor,
dispensaros la merced
de su presencia, y os manda
que las bodas retardéis.

DON FERNANDO

Y á mi me duele, en mis bodas,
no gozar de la merced
de la presencia real;
mas vos la errasteis, Marqués,
viniendo á anunciarle, cuando
pudisteis venir con él;

¡ se os acabó amordazarle
tomando la voz del Rey!
Y como un día dudasteis
que en dos me pudierais ver,
desde Aragón, donde estaba,
junto á la Infanta Isabel,
yo, esta mañana, ante vos,
Villena, tanto he de hacer
por que nos veáis unidos,
que nunca más lo dudéis:
era un reto, yo hombre bueno,
y os lo quiero mantener.

VILLENA

Casaréis con la Princesa,
Don Fernando, si tenéis
corazón para unas lanzas
con que al camino os saldré;
pero, casando, yo os juro
—porque querer es poder—
que hoy mismo la Beltraneja
tendrá la herencia del Rey.

DON FERNANDO

Me pintáis una Castilla
que es para llorar, Marqués;
me hablaron de otra; y os juro
—porque querer es poder—
¡ que tanto ahondarán mis picas,
que al cabo la encontraré!

VILLENA

¿ Vos, extraño en nuestra casa ?...

DON FERNANDO

Violento; interrumpiéndole, con sequedad.

Pacheco: diréis al Rey,
mi primo, que en nuestras bodas
nos apadrina por él
mi abuelo, que es Almirante
de Castilla; yo no sé
si duda el Rey que venimos
á ser su vasallo fiel;
si lo dudara, en mi nombre,
por mi cuenta, añadiréis
que tengo para mis Reyes
la lealtad y la fe
de aquel otro abuelo mío
el de Antequera, por quien
Don Juan, mi tío y su padre,
pudo en Castilla ser rey.
Esto, Pacheco, á mi primo,
de este extraño le diréis.

Don Fernando va á reunirse al cortejo de Isabel. Suenan los bronces de la capilla.

VILLENA

¿ Pero osáis ?..

DON FERNANDO

¡Besad la mano
de la Princesa Isabel!

VILLENA

Revolviéndose y pretendiendo cerrarles el paso, con la espada desnuda.

¡Saben los cielos que os traigo
la negativa del Rey!

CARRILLO

Entrando por el fondo, seguido del pueblo y los adictos en armas, y abriendo paso á ambos Príncipes.

¡Tarde!

VILLENA

Retrocediendo; á Carrillo.

¡Por vos!

ISABEL

Deteniéndose un instante, rodeada de su casa y lanzas, en el centro de la escena, con voz dulcísima.

Porque el són
de este bronce, en mi capilla,
para mí dice «Aragón»;
para el Infante, «Castilla»;

pues si ya junta dos nombres
un són, no es mucho esperar
que mañana ha de juntar
lo que apartaron los hombres.
Para esta unión, castellano,
valgan mi amor y su fe:
¡tanto monta el reino que
cada cual trae en su mano!

Dejando caer su mano en la mano del Infante.

¡Ya es uno: el amor lo empieza!

Se abre el cortejo dando paso. Doña Isabel concluye, dirigiéndose al Príncipe aragonés.

Vuestras flores de Aragón
las tiene esta fortaleza
de escudo en el torreón:
¡guardádmelas vos, Alteza!

Aclamaciones; campanería; se abre en el fondo la puerta de la capilla iluminada; se abaten las lanzas y Carrillo toca el suelo con la punta de la espada, saludando á los dos futuros Reyes.

TELON

Cadaqués, Agosto de 1913,
y
Monte Peña Roa, Agostode 1914.

OBRAS DE EDUARDO MARQUINA

VERSOS

Odas (agotada).
Églogas.
Las vendimias (poema geórgico).
Elegías (segunda edición).
Vendimión (poema cíclico).
Canciones del momento.
Juglarias.
Tierras de España.

TEATRO

El Pastor (poema dramático, en verso).
Benvenuto Cellini (biografía dramática, en prosa).
Las hijas del Cid (premio de la Real Academia Española, en verso.—Segunda edición).
Doña María la Brava (romancero dramático, en verso. Segunda edición).
En Flandes se ha puesto el Sol (premio de la Real Academia Española, en verso.—Cuarta edición).
La Alcaidesa de Pastrana (primera parte de la Trilogía «Teresa de Jesús», en verso).
El Rey Trovador (trova dramática, en verso).
Cuando florezcan los rosales (comedia sentimental, en prosa).

Por los pecados del Rey (drama en tres actos, en verso).
El Retablo de Agrellano (drama religioso fantástico, en verso).
La Hiedra (tragedia vulgar, en prosa).
Tapices viejos (El Antifaz, El Gavilán de la Espada y otros, en verso).

NOVELA

Almas anónimas.



